

# DISCIPULADO RESISTENTE



**Oswaldo Rebolleda**

# **DISCIPULADO RESISTENTE**



**Oswaldo Rebolleda**

Este libro No fue impreso  
con anterioridad  
Ahora es publicado en  
Formato **PDF** para ser  
Leído o bajado en:  
**[www.osvaldorebolleda.com](http://www.osvaldorebolleda.com)**

Provincia de La Pampa  
**[rebolleda@hotmail.com](mailto:rebolleda@hotmail.com)**

Todos los derechos de este material son reservados para el Señor, quién los ofrece con la generosidad que lo caracteriza a todos aquellos que desean capacitarse más y lo consideran de utilidad.

No se permite la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, para ser publicado comercialmente.

Se puede utilizar con toda libertad, para uso de la enseñanza, sin necesidad de hacer referencia del mismo.

Se permite leer y compartir este libro con todos los que más pueda y tomar todo concepto que le sea de bendición.

Edición general: **EGE**

Revisión literaria: **Autores argentinos**

Revisión solo ortográfica - **IA**

Diseño de portada: **EGEAD**

Todas las citas Bíblicas fueron tomadas de la Biblia versión Reina Valera, salvo que se indique otra versión.

# Contenido

<b>Introducción.....</b>	<b>5</b>
Capítulo uno:	
<b>La urgencia de un discipulado resistente.....</b>	<b>10</b>
Capítulo dos:	
<b>Resistencia en tiempos de confusión espiritual.....</b>	<b>24</b>
Capítulo tres:	
<b>Resistiendo la deconstrucción de la fe.....</b>	<b>41</b>
Capítulo cuatro:	
<b>Valentía y verdad Resistencia legítima.....</b>	<b>54</b>
Capítulo cinco:	
<b>Resistencia intergeneracional.....</b>	<b>66</b>
Capítulo seis:	
<b>Iglesias saludables Discípulos saludables.....</b>	<b>78</b>

Capítulo siete:

**Resistencia bajo gobierno Divino.....86**

Capítulo ocho:

**La resistencia del Nuevo Hombre.....98**

**Conclusión final.....109**

**Reconocimientos.....128**

**Sobre el autor.....130**



# Introducción

*“Por tanto, id, y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo; enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado; y he aquí yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo. Amén”*

Mateo 28:19 y 20

Vivimos en una era caracterizada por la incertidumbre, el relativismo moral y la confusión espiritual. En medio de una cultura que promueve la deconstrucción de valores, identidades y verdades fundamentales, la Iglesia enfrenta un desafío que considero verdaderamente urgente.

Se trata del desafío de formar discípulos, pero de una manera muy diferente, ya que los tiempos que vivimos son singulares y demandan una preparación mucho más avanzada y técnica. Hoy no hay lugar para simples emociones, porque la hostilidad que se avecina será implacable ante una resistencia meramente emocional o superficial.

Necesitamos formar discípulos firmes, sabios y con una clara mentalidad de Reino, bien posicionados en la verdad de Cristo y del Nuevo Pacto. El discipulado ya no puede ser superficial ni limitarse a reuniones semanales o experiencias sensoriales. Se necesita un discipulado

resistente y bien fundamentado. No me refiero a que no podamos, o no debamos, buscar las manifestaciones del Espíritu, por el contrario, eso es parte lógica de una vida de Reino; me refiero a la búsqueda de un entendimiento profundo de los diseños divinos.

Este libro nace como un clamor magisterial respecto de la necesidad de formar creyentes que no solo sobrevivan, sino que prosperen espiritualmente en un mundo que constantemente desafía nuestra fe y que incrementará despiadadamente su hostilidad. “Discipulado Resistente” es un llamado a la búsqueda divina, a equipar a los santos con una cosmovisión bíblica sólida, convicciones inquebrantables y una vida arraigada en la verdad del Evangelio del Reino.

A lo largo de sus capítulos abordaremos temas cruciales como la naturaleza del discipulado bíblico frente al individualismo moderno, porque es indudable que estamos ante una clara tendencia debilitante, que es la de adaptar las prácticas espirituales a las necesidades y deseos personales, en lugar de seguir una práctica corporativa establecida en pos del magno propósito de Cristo.

Analizaremos la verdad y la autoridad de la Palabra de Dios en medio de una cultura que procura relativizarla, lo cual genera cuestionamientos hacia su autoridad. Hoy en día, muchos argumentan livianamente interpretaciones subjetivas, adaptadas a los intereses de la vida moderna. Esta postura pone en peligro el fundamento mismo de la fe

cristiana, y por tal motivo debemos anticipar sabiamente todo perverso avance de esta cultura malintencionada.

También estudiaremos la deconstrucción de la fe, procurando comprender cómo responder a ella y cómo rescatar a quienes están atrapados en sus redes. Examinaremos la identidad cristiana frente a las ideologías contemporáneas, especialmente aquellas relacionadas con el género, la sexualidad y la autonomía personal.

Nos enfocaremos en la importancia de la comunidad de fe como soporte vital frente al aislamiento y la soledad espiritual; en el sufrimiento y la persecución como parte del camino del verdadero discipulado; y en la formación espiritual a largo plazo, anclada en la oración, el estudio bíblico y la obediencia.

Este libro no pretende ofrecer respuestas simplistas, sino formar creyentes capaces de pensar, discernir y actuar con fidelidad en medio de la tormenta cultural. Nuestra meta es ayudar a líderes, pastores y creyentes comprometidos a construir un discipulado que resista el fuego de la prueba y glorifique a Dios en cada generación.

Que este viaje a través de las páginas de “Discipulado Resistente” sea un llamado a despertar, afirmar y fortalecer nuestra fe en Aquel que nunca cambia: Jesucristo, nuestro Señor, quien debe ser formado en nosotros hasta que podamos alcanzar la medida de Su plenitud.

Los pastores y líderes actuales deben recalibrar el hermoso llamado de formar discípulos y capacitar obreros que ayuden con la carga ministerial (**2 Timoteo 2:2**). Por supuesto, también es fundamental velar por la salud espiritual de todos los creyentes, tanto de los más fieles como de aquellos más difíciles. Creo que es vital ejercer una sana presión sobre todos los hermanos para que asuman el compromiso de recibir una buena capacitación espiritual.

No existe, en el Nuevo Pacto, la idea de una comunión personal con el Señor divorciada de una sostenida comunión con Su Cuerpo (**1 Juan 4:20**). La iglesia local es el lugar donde debemos ser capacitados para una efectiva penetración en el sistema social. El individualismo que caracteriza al meta-modernismo no debe afectar el pensamiento de los santos respecto del Cuerpo de Cristo.

Estamos en un tiempo clave. Padecemos los primeros espasmos de lo que implica la edificación de la plataforma global para el perverso gobierno del anticristo. Como Iglesia, no debemos ignorar esta realidad presente, sino que todos los ministros y líderes debemos anticipar lo que se avecina, ajustando el enfoque en cuanto a la calidad del discipulado que estamos impartiendo.

Este libro no pretende ser un manual de discipulado, sino una alarma literaria para despertar un renovado accionar en aquellos que son responsables de enseñar al pueblo de Dios. Asumo que debemos preparar nuevos materiales y

profundizar en los misterios del Reino, capaces de desarrollar efectivamente una clara conciencia del Nuevo Pacto.

Un discipulado resistente es un discipulado revelado, espiritualmente sabio, ungido con autoridad y poder, preparado en la dedicada y profunda comunión con el Espíritu Santo. Si realmente pretendemos un discipulado resistente, los responsables debemos volvernos diligentes, y estoy convencido de que este libro nos impulsará a lograrlo.

***“Y llamando a la multitud y a sus discípulos, les dijo: Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz, y sígame.”***

Marcos 8:34



# Capítulo uno

## **La urgencia de un Discipulado resistente**

*“Así que tengan cuidado de su manera de vivir. No vivan como necios, sino como sabios, aprovechando al máximo cada momento oportuno, porque los días son malos.”*

Efesios 5:15 y 16

La Iglesia del siglo XXI se encuentra en una encrucijada histórica. Vivimos en medio de una aceleración cultural sin precedentes, donde las ideas, los valores y las creencias cambian de manera vertiginosa. El cristianismo bíblico se ve cada vez más marginado, cuestionado y atacado por una sociedad que celebra la autodefinición, el relativismo moral y la deconstrucción de todo lo establecido.

En este contexto, el modelo tradicional de discipulado, muchas veces reducido a asistir a una reunión o memorizar algunos versículos, ha demostrado ser insuficiente. No estamos enfrentando una simple apatía espiritual, sino una guerra cultural e ideológica que pretende redefinir lo que significa ser humano, libre, feliz, o incluso “cristiano”.

Frente a este panorama, se hace urgente un discipulado resistente, no en el sentido de una lucha carnal, sino en el sentido espiritual de perseverancia, fidelidad y madurez. Un discipulado que forme creyentes con una fe a prueba de fuego, que no se derrumben ante la presión del entorno, que no se rindan ante el dolor ni se desvíen por las corrientes de moda.

La palabra “resistente” proviene del latín “*resistens*”, que significa “el que resiste” o “el que se opone a algo”. Este término está compuesto por el prefijo “*re*”, que indica reiteración u oposición; y el verbo “*sistere*”, que significa detenerse, ponerse de pie o establecerse. Personalmente, creo que la Iglesia debe ponerse en pie, firme, y resistir toda hostilidad que se levante contra la verdad (**Santiago 4:7**).

En el Nuevo Testamento, Jesús advierte que muchos comenzarían la carrera, pero no todos la terminarían (**Lucas 8:13; Mateo 24:10 al 13**). La resistencia espiritual no es un lujo reservado para creyentes avanzados, sino una necesidad para todos los discípulos verdaderos. La fe auténtica no solo se manifiesta en una confesión inicial, sino en una vida perseverante hasta el fin.

Curiosamente, asistir a la Iglesia se ha convertido en la opción para recibir atención, asistencia y bienestar, pero no para entregar lo que Dios nos demande. Mucho menos para considerar algún tipo de presión o riesgo. Por supuesto, entiendo perfectamente los cambios temporales y culturales que regulan las presiones sobre la Iglesia; sin embargo, no

deberíamos ignorar que estamos a las puertas de una brutal reacción del sistema.

La persecución contra la Iglesia, hoy en día, es un fenómeno complejo y multifacético que está en franco ascenso. Tal vez en los países donde habitamos o nos movemos no se padezcan presiones visibles, pero como ministro del cuerpo de Cristo, no puedo dejar de observar el panorama global en el que se desenvuelve la Iglesia.

La hostilidad actual va desde la discriminación en ciertos países hasta la imposición de leyes que limitan la libertad religiosa. En algunas regiones, los cristianos sufren persecución abierta, incluyendo violencia y asesinatos; mientras que en otras, enfrentan restricciones a su libertad de culto y expresión. Esto puede sonar extraño para quienes gozan de absoluta libertad, pero no debemos ignorar que miles de nuestros hermanos están padeciendo por su fe.

En países como Corea del Norte, Afganistán, Somalia, Libia y Pakistán, la Lista Mundial de la Persecución reporta altos índices de persecución cristiana, incluyendo violencia, prisión y discriminación. En muchos otros países, las iglesias y los creyentes experimentan discriminación en áreas como la educación, el empleo y el acceso a la justicia. De hecho, las leyes estatales de algunas naciones imponen restricciones a la construcción de templos, la difusión del Evangelio en los medios y la libertad de asociación religiosa.

Basado en un estudio de campo de la “LMP” (Lista Mundial de la Persecución), se ha proporcionado un análisis objetivo de la situación por la que atraviesan millones de cristianos en países donde la persecución es alta, muy alta o extrema. Según estas estadísticas, más de 380 millones de cristianos están sufriendo niveles “altos” de persecución y discriminación por causa de su fe.

El hecho de que, a nivel personal, no estemos sufriendo estas hostilidades no significa que no estén ocurriendo, ni implica que no llegaremos a vivirlas. Proféticamente, tenemos una clara advertencia sobre lo que vendrá sobre el mundo. Como Iglesia, debemos evaluar los cambios culturales que estamos presenciando y el rumbo hacia donde se dirige la sociedad.

La Biblia profetiza con claridad muchos de los eventos que ocurrirán en los últimos tiempos. Estos acontecimientos pueden clasificarse como señales naturales, señales espirituales, señales sociológicas, señales tecnológicas y señales políticas. Si consideramos estas señales a la luz de los tiempos que vivimos, podemos estar seguros de que estamos transitando los portales de los últimos tiempos.

**Lucas 21:11** enumera algunas de las señales naturales que ocurrirán antes de la segunda venida de Jesús: *“Y habrá grandes terremotos, y en diferentes lugares hambres y pestilencias; y habrá terror y grandes señales del cielo”*. Aunque no debemos interpretar cada desastre natural como una señal del fin de los tiempos, el aumento de estos

fenómenos parece ser un preámbulo de lo que vendrá después: “*dolores de parto*”, como los llamó Jesús (**Mateo 24:8**).

La Palabra también nos presenta señales espirituales, tanto positivas como negativas. Por ejemplo, en **2 Timoteo 4:3 y 4**, se nos advierte que muchos seguirán a falsos maestros, lo cual estamos viendo de forma cada vez más obscena. El aumento de los grupos sectarios, las falsas enseñanzas, el engaño, el ocultismo y la mezcla de religiones paganas es una realidad innegable.

Desde una perspectiva positiva, el profeta Joel anunció un gran derramamiento del Espíritu Santo como nunca antes (**Joel 2:28 y 29**). Alguien podría decir que esta profecía se cumplió el Día de Pentecostés (**Hechos 2:16**), y está bien. Sin embargo, no debemos olvidar que Joel también habló de la lluvia temprana y de la lluvia tardía. Estos dos fenómenos agrícolas ocurrían antes de la siembra y antes de la cosecha respectivamente, lo cual puede ser un indicativo profético, ya que el Pentecostés sin dudas fue la lluvia temprana, y por tal motivo, antes de la venida del Señor, podemos esperar una lluvia tardía. ¡Dios quiera que así sea y qué estemos preparados para recibirla!

También estamos siendo testigos de claras señales sociológicas. El cambio cultural y la inmoralidad desenfrenada son síntomas evidentes de la rebeldía de la humanidad contra Dios. El aborto, la ideología de género, el abuso de drogas, la corrupción, la violencia, la desintegración

familiar y el abuso de menores son claras señales de que **“los malos hombres y los engañadores irán de mal en peor” (2 Timoteo 3:13)**.

El cumplimiento de ciertas profecías parecía imposible hasta la llegada de la tecnología moderna. Algunos de los juicios del Apocalipsis son más fáciles de imaginar en una era con capacidad nuclear y vigilancia digital. En **Apocalipsis 13**, se dice que el Anticristo controlará el comercio obligando a las personas a llevar la marca de la bestia. Dado el avance tecnológico actual, es muy posible que las herramientas para implementar ese control ya estén entre nosotros. A la vez, el Internet, la radio y la televisión han facilitado el cumplimiento de la profecía que afirma que el Evangelio será proclamado en todo el mundo (**Marcos 13:10**).

Respecto a las señales políticas, el Señor predijo que se levantaría nación contra nación, y reino contra reino, y que habría guerras y rumores de guerras (**Mateo 24:6 y 7**). Actualmente, existen 56 conflictos armados en el mundo, un número récord desde la Segunda Guerra Mundial. Estos conflictos no solo son internos en ciertos países, sino que también involucran a 92 naciones participando en guerras fuera de sus fronteras. Algunos ejemplos incluyen la guerra en Ucrania, la guerra en Gaza, los conflictos en Sudán, Etiopía, Afganistán, Siria, India y la República Democrática del Congo, entre otros.

Por otro lado, la independencia y consolidación del Estado de Israel, así como el retorno de los judíos a su tierra, constituyen el cumplimiento claro de profecías milenarias. A principios del siglo XX, nadie habría imaginado que Israel volvería a ser una nación reconocida globalmente, y mucho menos que recuperaría protagonismo en Jerusalén. Hoy, Jerusalén está en el centro de la geopolítica y se encuentra sola frente a muchos enemigos, como lo confirma **Zacarías 12:3**: *“Y en aquel día yo pondré a Jerusalén por piedra pesada a todos los pueblos; todos los que se la cargaren serán despedazados, bien que todas las naciones de la tierra se juntarán contra ella”*.

No pretendo en este capítulo hacer una lista exhaustiva de señales proféticas, sino remarcar que estamos viviendo tiempos muy especiales y que muchas advertencias bíblicas se están cumpliendo ante nuestros ojos. Esto, a mi entender, debería ponernos en “modo urgencia” para implementar un discipulado lo suficientemente resistente como para enfrentar lo que viene.

Un discipulado resistente implica cultivar una comunión profunda con Cristo, no basada en emociones, sino en una relación diaria e íntima. Implica también una cosmovisión bíblica, que interprete la realidad desde la Palabra y no desde la cultura. Requiere un carácter moldeado por el Espíritu Santo, que refleje a Cristo incluso bajo presión, y una vida en comunidad, donde otros creyentes nos fortalezcan, corrijan y animen.

En tiempos de presión social, tentación ideológica y oposición espiritual, la fe que resiste es aquella que ha sido formada, probada y bien fundamentada. La resistencia no nace en el momento de la prueba; se forja mucho antes, en la intimidad con Dios, en la obediencia diaria, en el discipulado fiel.

Los pensamientos impulsados por el postmodernismo y el ahora llamado meta-modernismo, están erosionando la fe a través de la cultura de la deconstrucción. Este término que también analizaremos en el capítulo tres, es cada vez más popular entre nosotros, proviene de la filosofía contemporánea, y ha llegado a representar el cuestionamiento radical de todo lo que se considera verdad objetiva, autoridad o tradición.

Esto no debería representar un problema para nosotros, ya que nuestras ideas de vida deberían estar forjadas en la verdad de Cristo. Sin embargo, estamos viendo que muchos cristianos están entrando en procesos de deconstrucción de su fe, motivados por dudas filosóficas, heridas personales, experiencias en la iglesia, o influencias culturales e ideológicas.

El problema no es enfrentar las preguntas que se hace la sociedad; el verdadero peligro está en no encontrar respuestas sólidas en los principios bíblicos. Deconstruir sin reconstruir sobre el fundamento de Cristo es sumamente peligroso. Cuando se derriban los pilares de la fe cristiana sin

edificar sobre la Verdad, el resultado es una espiritualidad sin Cristo, sin cruz, sin gracia y sin santidad.

Un discipulado resistente debe estar basado en enseñanzas bíblicamente fundamentadas y correctamente interpretadas. No podemos sostener estructuras teológicas basadas únicamente en la tradición; más bien, debemos buscar el fluir de la revelación del Espíritu Santo, no como una búsqueda de algo nuevo, sino con la única intención de comprender la voluntad de Dios dentro del marco del Nuevo Pacto.

Preparar a los discípulos para enfrentar preguntas difíciles y profundas, no es una tarea sencilla. Requiere compromiso y madurez espiritual, especialmente en los ministros. El cambio que propongo no depende de un deseo espontáneo en la gente, sino de un despertar en el liderazgo en general, para llevar a la congregación a nuevas alturas espirituales.

Un discipulado resistente debe modelar una fe que conviva con el misterio, pero que confíe plenamente en la suficiencia de la Palabra. Nuestro entorno debe percibir que la fe cristiana no es simplemente emocional, sino también legalmente sólida, intelectualmente fundada, espiritualmente viva y eternamente verdadera.

Las presiones del sistema son cada vez más desafiantes contra la verdad de Dios. La anemia doctrinal de la Iglesia contemporánea no genera una memoria inmunológica

espiritual lo suficientemente fuerte, como para contrarrestar los males del pensamiento actual. No pongo en duda la Palabra ni la obra del Espíritu Santo, sino la manera en que hemos discipulado a las personas.

Muchos creyentes han sido formados en iglesias donde la enseñanza se centró en la motivación, la experiencia, el pragmatismo o incluso en una teología superficial, pero no en la doctrina del Nuevo Pacto ni bajo una mentalidad de Reino. No formar una conciencia firmemente posicionada en Cristo, hace que seamos fácilmente movidos por cualquier viento de doctrina (**Efesios 4:14**), o simplemente por la presión cultural.

Un discipulado superficial o mal enfocado produce creyentes emocionales, inconstantes y fácilmente manipulables. Pero el llamado del Señor es a *“enseñarles a obedecer todo lo que os he mandado”* (**Mateo 28:20**). Eso es Reino, y no podemos acceder a esas dimensiones de obediencia si no estamos posicionados firmemente en Cristo.

El discipulado resistente se basa en la dependencia del Espíritu Santo, no solo para aprender, sino para ejecutar cada uno de los mandatos divinos. El evangelio del Reino no se limita a la educación de pecadores, sino a la madurez de los renacidos. El Nuevo Pacto se vive en la realidad de la vida de resurrección, por lo que hay cosas que no deben cambiar, sino morir; hay cosas que no deben sanar, sino morir, porque el evangelio verdadero es muerte para vida, no simples cambios.

Como líderes, padres o maestros, debemos comprometernos a formar creyentes que conozcan las doctrinas esenciales de la fe en Cristo, pero siempre en dependencia del Espíritu Santo. Fuera de esa dependencia, no hay ninguna esperanza. La hostilidad del pecado, agravada por el sistema, no es algo que debemos enfrentar solos; es el Señor quien ya lo venció en la cruz y es el único que puede vivificar ese triunfo.

Para formar un discipulado resistente, no debemos procurar consumidores espirituales que solo busquen sentirse bien, sino hijos renacidos, decididos a morir a sí mismos para vivir en la plenitud y capacidades de Cristo. Debemos tener claro que Dios no ha puesto Su esperanza en nosotros, sino en Su Hijo, y en Él debemos vivir, movernos y ser (**Hechos 17:28**).

El discipulado no es un complemento opcional para algunos creyentes, sino el camino normal para todo seguidor de Cristo. El Señor no nos llamó simplemente a convertir personas, sino a hacer discípulos (**Mateo 28:19**). No nos llamó a congregar multitudes ni a medir la espiritualidad por la asistencia a reuniones. Un discípulo resistente es alguien que renuncia a sí mismo, toma su cruz y sigue a Jesús todos los días y en todo lugar (**Lucas 9:23**).

La Iglesia contemporánea corre el riesgo de formar consumidores espirituales que solo busquen lo que les beneficia, pero no lo que les transforma. En cambio, el discipulado resistente forma soldados que entienden que

estamos en medio de una batalla espiritual, cultural y moral, que debe ser peleada con las armas del Espíritu.

Pablo le escribió a Timoteo: **“Sufre penalidades como buen soldado de Jesucristo” (2 Timoteo 2:3)**. También le recordó que en los postreros tiempos vendrán hombres amadores de sí mismos, rebeldes, impíos y sin amor por la verdad **(2 Timoteo 3:1 al 5)**. ¿Cómo resistir ante esta avalancha? La respuesta está en creyentes formados, no mimados; equipados, no entretenidos. Guiados por el camino de la muerte para alcanzar la plenitud que ofrece la vida de resurrección en Cristo. Ese es el único medio para vivir bajo el gobierno del Padre.

Este es el momento de actuar. El tiempo de la comodidad debe terminar. No debemos temer enseñar el camino de la cruz; los regenerados de verdad no abandonarán ese camino. Hoy, ministros, líderes y padres, deben entender que el discipulado bíblico debe ocupar el centro de nuestra misión, pero siempre con un enfoque correcto. Si no discipulamos a nuestra generación con mentalidad de Reino, el mundo se encargará de gobernarla.

Un discipulado resistente requiere verdadera comunión espiritual con Dios y con los hermanos. No basta con decir que nos relacionamos con Dios o con la Iglesia, porque el Señor nos llamó a un pacto mucho más profundo con Él y con el cuerpo de Cristo. Las simples relaciones producen conflictos e individualismo, pero la comunión nos revela el cuerpo y nos libera del egoísmo espiritual.

La comunión espiritual con líderes maduros nos permite ser impartidos por medio de modelos visibles y unciones genuinas. Los cristianos no deben ser motivados solo por la admiración a buenos predicadores. El protagonismo del Nuevo Pacto es intenso y nos contiene; no es algo para observar desde coloridas plataformas.

Ya no podemos depender de programas automáticos o conferencias eventuales. El discipulado debe ser personal, profundo, cotidiano y constante. Solo así veremos generaciones que se mantengan firmes hasta el fin, sin importar la presión del sistema.

Estamos viviendo tiempos peligrosos, pero también gloriosos para quienes comprenden el momento espiritual que enfrentamos. El Señor está purificando a su Iglesia, separando el trigo de la cizaña. El verdadero discipulado no es popular, pero sí poderoso. No es fácil, pero sí glorioso. No produce multitudes, pero sí verdaderos hijos capacitados para la expansión.

Mi llamado es urgente, no nace del miedo, sino de la fe suficiente para escribir con esperanza. Creo firmemente que se levantará un remanente de discípulos resistentes, todoterreno, que no claudicarán por nada y que no se dejarán engañar por las oscuras artimañas de Satanás.

El mundo necesita más que nunca creyentes que reflejen a Cristo con pureza, integridad y convicción. Discípulos que no se vendan, que no se callen y que no se

desvíen. “Discípulos resistentes”. Reitero: hago este llamado desde la fe, no desde el temor ni la decepción. La Iglesia es del Señor, y en Él está mi esperanza, en Él trabajo, y en Él creo que se levantará una Iglesia gloriosa para los tiempos del fin.

***“En primer lugar, tomen en cuenta que, en los últimos días, vendrán algunos que sólo pensarán en sus malos deseos. Se burlarán de ustedes y les preguntarán: ¿Qué pasó con la promesa de que Jesucristo regresaría? Ya murieron nuestros padres, ¡y todo sigue igual que cuando el mundo fue creado!”***

2 Pedro 3:3 y 4 BLS



## Capítulo dos

# Resistencia en tiempos de confusión espiritual

*“Debes saber también que en los últimos días, antes de que llegue el fin del mundo, la gente enfrentará muchas dificultades. Habrá gente egoísta, interesada solamente en ganar más y más dinero. También habrá gente orgullosa, que se creará más importante que los demás. No respetarán a Dios ni obedecerán a sus padres, sino que serán malagradecidos y ofenderán a todos. Serán crueles y violentos, no podrán dominar sus malos deseos, se llenarán de odio, dirán mentiras acerca de los demás, y odiarán todo lo que es bueno. No se podrá confiar en esos orgullosos, porque actuarán sin pensar. En vez de obedecer a Dios, sólo harán lo que les venga en gana. Dirán que aman y respetan a Dios, pero con su conducta demostrarán lo contrario. No te hagas amigo de esa clase de gente...”*

2 Timoteo 3:1 al 5 BLS

La verdad está siendo relativizada y aun burlada por el sistema; la autoridad bíblica está siendo cuestionada con gran ironía, y las líneas entre lo santo y lo profano están siendo

borradas por un pietismo falso, cargado de paganismos y mística. Esta es una época caracterizada por lo que Isaías denunció: ***“¡Ay de los que a lo malo dicen bueno, y a lo bueno malo!”*** (Isaías 5:20). La confusión espiritual no solo afecta al mundo, sino que ha comenzado a infiltrarse en la iglesia, distorsionando el Evangelio, debilitando la identidad cristiana y desfigurando la santidad.

En este caos espiritual, el llamado del creyente es resistir. No con arrogancia ni orgullo espiritual, sino con verdadera fidelidad. No con violencia, sino con verdad. La resistencia espiritual implica mantenerse firme en medio de una cultura que promueve la duda, el sincretismo, la falsa doctrina y el sentimentalismo disfrazado de fe.

El primer síntoma de la confusión espiritual es la distorsión de la verdad bíblica. En muchas iglesias se ha dejado de predicar el arrepentimiento, la cruz, la santidad y el juicio. En su lugar, se ha instalado un mensaje centrado en el “yo”, en la autoayuda espiritual y en la afirmación emocional. ¡Usted puede! No es lo mismo que: ¡Usted debe, posicionado en Cristo, conocer y vivir la voluntad del Padre!

***“Porque vendrá tiempo cuando no sufrirán la sana doctrina... y apartarán de la verdad el oído y se volverán a las fábulas”***

2 Timoteo 4:3 y 4

Cuando la doctrina del Reino se convierte en un tema secundario, la iglesia se vuelve vulnerable al error, porque

aun, llenarse de teología, no es más que adquirir fortalezas y paradigmas mentales que, tienen más que ver con las estructuras que con la vida. El evangelio del Reino nos mete en propósito y nos dimensiona en Cristo; el conocimiento bíblico sin fundamento de gobierno no prepara nuestra consciencia para la entrega total.

Doctrinas que prometen prosperidad sin obediencia radical, movimientos que prometen la materialización de deseos personales sin observar primero la voluntad del Rey, no hacen más que formar discípulos sin resiliencia. Los discípulos resistentes son los que buscan la voluntad de Dios antes que la suya propia; son los que aman la verdad más que a su propia vida; son los que estudian las Escrituras en dependencia del Espíritu Santo para recibir revelación; son los que no pueden ser arrastrados por novedades espirituales, sino que se aferran a la enseñanza apostólica del Reino (**Hechos 2:42**).

La confusión espiritual tiene la capacidad de producir anomia moral, es decir, una sociedad sin normas. Hoy en día, temas como la natalidad, el matrimonio, el género sexual y los placeres de la vida, han sido secularizados y redefinidos. Lo que antes era claramente pecado, ahora se ve como “expresión personal”. Muchos cristianos se sienten presionados a aceptar estas redefiniciones por miedo al rechazo social o a ser acusados de odio.

Sin embargo, resistir en este tiempo significa proclamar la santidad de Dios y el llamado a una vida

conforme a sus mandamientos, no con religiosidad, sino con verdadera espiritualidad; no con temor, sino con elecciones claras. La resistencia moral no es legalismo, sino fidelidad amorosa al Dios que nos salvó y al gobierno de Su Espíritu. Como dijo Judas en su carta:

*“...contended ardientemente por la fe que ha sido una vez dada a los santos.”*

Judas 1:3

La iglesia necesita formar discípulos que entiendan que vivir en pureza es contracultural, pero profundamente bíblico; que ser diferentes no es una vergüenza, sino una gloria; que la verdad no cambia con las épocas, y que Dios no actualiza su Palabra para agradar a las multitudes. No se puede vivir nada de esto sin dependencia del Espíritu Santo, quien es el único que puede poner en nosotros el querer como el hacer, por Su buena voluntad (**Filipenses 2:13**).

Hoy en día, muchos creyentes luchan con una crisis de identidad espiritual, influenciados por redes sociales, ideologías progresistas y discursos emocionales. Muchos han perdido la claridad sobre quiénes son realmente en Cristo. Se comparan, se sienten inadecuados, se dejan definir por sus emociones o fracasos, y viven sin propósito. Algunos incluso llegan a avergonzarse de mostrar que son discípulos de Cristo.

Resistir en tiempos de confusión espiritual es recuperar nuestra identidad en el Evangelio. Debemos tener

en claro que somos hijos amados del Padre (**Efesios 1:5**); nuevas criaturas en Cristo (**2 Corintios 5:17**); templos del Espíritu Santo (**1 Corintios 6:19**); llamados a reflejar su gloria (**2 Corintios 3:18**). Si no podemos comprender que el Espíritu Santo mora en nosotros, o no podemos vernos completamente en Cristo, tampoco podremos vivir una vida de Reino como la Escritura propone.

Solo el discipulado firme puede restaurar esta identidad. No basta con repetir “soy hijo de Dios”, sino que debemos ser forjados en esa verdad. No basta con asumir ideas, debemos obtener revelación de la verdad, porque solo la revelación proporciona sentido a la consciencia espiritual. Todos los cristianos creen en la verdad, pero no muchos viven a través de la revelación de la verdad.

Un discípulo resistente sabe quién es, a quién pertenece y para qué vive, aun cuando su entorno lo presione a olvidar todo ello. Los sentimientos o las emociones no deben reemplazar la fe. Muchos hoy creen que si no sienten a Dios, Él no está; si no sienten paz, no es su voluntad; si sienten placer, no puede ser pecado. Esta espiritualidad basada en emociones ha reemplazado muchas veces a la obediencia basada en la verdad revelada. La fe verdadera es la que va más allá de la realidad presente, es la que nos permite caminar incluso cuando el cielo parece absolutamente cerrado. Como dice Habacuc: *“Aunque la higuera no florezca... con todo, yo me alegraré en Jehová”* (**Habacuc 3:17 y 18**).

La resistencia espiritual implica caminar por fe y no por vista (**2 Corintios 5:7**). Significa obedecer aunque no sintamos nada, confiar aunque no veamos nada, permanecer aunque duela, aunque no entendamos, aunque no podamos, aunque podamos ser humillados por circunstancias o personas. Los discípulos resistentes no buscan experiencias, sino al Dios de la verdad.

El liderazgo de muchas casas ministeriales ha entrado en confusión. Los predicadores actúan como si fueran comediantes de stand up para levantar las emociones del alma, sin entrar en las profundidades de la verdad. No me refiero a la ropa, la libertad con la que podamos expresarnos, ni siquiera al hecho de hacer algún comentario gracioso; eso no es el problema, me refiero a la profundidad de la enseñanza.

Si los comunicadores podemos compartir un tesoro espiritual y, además, hacerlo con gracia, el objetivo está cumplido; pero si más allá de una extraordinaria oratoria no llevamos a la gente a las riquezas de Cristo, nuestro objetivo se ha perdido. Con esto, no estoy criticando a nadie, ese no es mi trabajo; estoy enseñando desde mi posición de maestro de la Palabra.

Muchos líderes de hoy, en lugar de guiar al pueblo a Cristo, lo conducen a su propia casa ministerial. Solo buscan la identificación con la llamada “casa” y no con la persona de Cristo. El liderazgo espiritual ha sido afectado por la búsqueda del impacto visual. Muchas plataformas están

llenas de luces y hermosas pantallas LED, pero sin adoración ni unción verdadera.

La autoridad ministerial se ha diluido, la enseñanza se ha edulcorado y el servicio ha sido reemplazado por el show. Ante esto aclaro: no estoy en contra de los hermosos auditorios, de las plataformas, de las luces ni de las pantallas, todo eso me parece genial; pero lo más importante es la presencia de Dios y la enseñanza del evangelio verdadero, que no es otro que el evangelio del Reino.

Gracias a Dios, siempre hay un remanente, y al igual que en los días de Elías, hay muchos que no han doblado sus rodillas ante el sistema. Dios está levantando ministros conforme a su corazón (**Jeremías 3:15**), hombres que no pretenden fama personal, que no se postulan a posiciones ministeriales que Dios no les ha otorgado. Hombres que determinan servir con autoridad y no ser servidos por los hermanos.

El Señor siempre sostiene un remanente fiel, que no tiene miedo de morir a sus deseos por servir con excelencia, que no se pone sobre, sino bajo los demás para servirlos tal como Jesús enseñó. Mujeres del Espíritu que humildemente pueden hacer una valiosa contribución al cuerpo de Cristo. No mujeres que pretenden con orgullo sostener un ministerio matriarcal, sometiendo incluso a sus líderes como una mamá que gobierna a sus hijitos.

Dios se ha reservado ministros que no temen perder seguidores por predicar la verdad, que se duelen por la condición de la Iglesia, pero no procuran inventar nada nuevo, sino que se empapan de la unción y utilizan la verdad como su única estrategia. Ministros que saben diferenciar las estructuras de trabajo y la vida de Cristo; que no cuidan más su casa ministerial que la presencia de Dios.

Hoy en día es muy común que algunos líderes enseñen sobre la genética de la casa, sobre el ADN de la casa, sobre la identificación con la casa, etc. Sin embargo, si pretenden formar a discípulos resistentes, deben salir de ahí. Las instituciones caerán, las denominaciones caerán, las casas ministeriales pueden caer, pero lo que jamás caerá es el Reino de Dios.

Si el sistema comenzara una feroz persecución, no habría forma de sostener nuestros salones, nuestras hermosas plataformas; no habrá cultos dominicales, congresos ni eventos multitudinarios; no habrá recitales, encuentros ni retiros, pero habrá una Iglesia poderosa que no se rendirá, que seguirá tan vigente y ungida como siempre, expresando a Cristo, sin banderas institucionales, sino con la única bandera del Reino de Dios.

El discipulado resistente necesita líderes fieles, no famosos. Formadores de carácter, no animadores de audiencia. Maestros de la Palabra, no celebridades religiosas. Y aclaro nuevamente, solo para quienes lo consideren necesario: no estoy en contra de la popularidad ministerial,

ni de la oratoria llena de gracia y virtud, ni de la honra a un ministro; pero si no hay una unción y un propósito superior, lo que tenemos es un problema.

La confusión espiritual seguirá aumentando. Así lo profetizó el apóstol Pablo: “...*vendrán tiempos peligrosos...*” (2 **Timoteo 3:1**). Por eso también escribió: “*Tú, pues, permanece en lo que has aprendido...*” (2 **Timoteo 3:14**). Esta es la clave: “Permanecer y resistir”.

Ser luz en medio de la oscuridad. Ser sal en medio de la decadencia. Ser fieles en medio del engaño. No con nuestras fuerzas, sino con la verdad de Dios, el poder del Espíritu y la comunión con todos los santos. Hoy es el tiempo de formar creyentes que no se dejen arrastrar por cada ola de confusión espiritual, sino que levanten su mirada al Señor, escuchen su voz y vivan por su Palabra.

El mundo y su cultura pretenden confundirnos, y eso es lógico porque están bajo la influencia del maligno (**1 Juan 5:19**), pero permitir confusión interna es algo que nos responsabiliza y no debemos permitir. La pregunta sería: ¿en verdad hay confusiones en la Iglesia de hoy? Bueno, mientras sostengamos tantas diferencias doctrinales, ciertamente debemos asumir confusión espiritual.

Cuando menciono las diferencias doctrinales, no me refiero a las doctrinas fundamentales, porque en tal caso estaríamos hablando de alguna secta y no de un ministerio cristiano; eso lo he aclarado muchas veces en mis

enseñanzas. Pero, como maestro de la Palabra, debo ser sincero: la Iglesia actual tiene muchas, por no decir muchísimas diferencias respecto de las doctrinas periféricas, y eso es algo en lo que deberíamos trabajar.

Dentro del vasto panorama del cristianismo evangélico, se evidencian diversas diferencias doctrinales que, si bien no niegan la centralidad de Cristo ni la autoridad de la Palabra de Dios, revelan enfoques distintos en la interpretación y aplicación de las Escrituras.

Como ministros llamados a edificar la Iglesia, debemos conocer y discernir estas diferencias, no con un espíritu de juicio o división, sino con la humilde intención de debatir sanamente cada divergencia, sin levantar fortalezas ni pensar en malignas intenciones por parte de aquellos que piensan distinto.

Uno de los temas que ha generado una amplia gama de enseñanzas es el de la salvación. Algunas iglesias enseñan que la gracia de Dios puede ser aceptada o rechazada libremente por el ser humano, y que es posible que un creyente pierda la salvación si se aparta del camino. Esta perspectiva, influenciada por el pensamiento arminiano, subraya la responsabilidad humana.

Otros, desde una posición reformada, sostenemos que la salvación es una obra soberana de Dios, que Él escoge a quienes salvará y los preservará hasta el fin, afirmando la doctrina de la seguridad eterna del creyente. Estas diferencias

influyen profundamente en la predicación, el discipulado y la manera en que se exhorta a vivir en santidad.

El bautismo, ordenanza instituida por el Señor, también ha sido motivo de debate. Hay congregaciones que, conforme al modelo neotestamentario, practican el bautismo de creyentes por inmersión como expresión pública de fe, y símbolo del nuevo nacimiento. Otros lo practican por aspersion, y en contraste, algunas denominaciones protestantes extienden el bautismo a los niños como señal de inclusión en la comunidad del pueblo de Dios, aunque no hayan hecho una profesión personal de fe. Estas diferencias, aunque no tocan el corazón del evangelio, sí condicionan la práctica eclesial.

La obra del Espíritu Santo es otro campo donde se perciben posturas divergentes. Las iglesias pentecostales y carismáticas sostienen que los dones sobrenaturales del Espíritu, como el hablar en lenguas espirituales, la profecía y los dones de sanidad y liberación, siguen plenamente vigentes y deben buscarse con fervor.

Por otra parte, los sectores más tradicionales consideran que tales manifestaciones cesaron con el cierre del canon bíblico y el fin del ministerio apostólico. Esta diferencia no solo se nota en la teología, sino también en la expresión del culto, que puede ir desde una adoración espontánea y carismática, hasta un estilo más sobrio y absolutamente estructurado.

En cuanto al gobierno de la iglesia, también encontramos variedad. Algunas congregaciones adoptan un sistema congregacionalista, donde la autoridad reside en la asamblea local. Otras siguen un modelo más presbiteriano, con un liderazgo compartido entre ancianos y cuerpos colegiados. Algunos reconocen los cinco dones de ascensión de Efesios 4:11, y otros solo reconocen algunos.

Existen también denominaciones que mantienen una estructura episcopal, donde la supervisión recae sobre obispos que guían varias iglesias como supervisores de zonas. Estas formas de organización influyen en la toma de decisiones, el nombramiento de líderes y la administración del gobierno.

Otro aspecto doctrinal relevante es la escatología, la enseñanza sobre los últimos tiempos. Muchos creyentes, influenciados por el premilenialismo dispensacionalista, creen en el arrebatamiento de la iglesia antes de una gran tribulación, seguido por el milenio literal. Otros sostienen posiciones amilenialistas o postmilenialistas, interpretando el Reino de Dios como una realidad espiritual presente que se consumará en la segunda venida de Cristo sin necesidad de un reino terrenal previo.

Por supuesto que yo también he consolidado mi postura a través de mucho estudio, y lo he expresado abiertamente en mis enseñanzas o en libros como: “El resplandor de Su venida”, o “Sesgo de normalidad”. También he dicho en cada plataforma que he podido ocupar, que es

absolutamente necesario, que los ministros de Dios, podamos debatir sobre estos temas, sin orgullo intelectual, sin enojos defensivos y sin tratar de levantar altiveces para convencer, sino intercambiando humildemente nuestros puntos de vista, dando fundamentos y poniendo a Dios y Su Palabra como mediadores indispensables para toda resolución.

Este tema, aunque no debe dividirnos, afecta la manera en que la Iglesia entiende su misión y su esperanza. Es crucial que tratemos temas como estos, asumiendo que, en la mayoría de los casos, no han sido estudiados personalmente, sino impuestos por el ministerio al cual pertenecemos.

Respecto a la seguridad de la salvación, encontramos también dos corrientes principales. Algunos enseñan que, una vez que el creyente ha sido salvo, no puede perder su salvación, pues es guardado por el poder de Dios. Otros, en cambio, sostienen que el creyente debe perseverar hasta el fin y que es posible apostatar si se desvía deliberadamente. Esta doctrina tiene implicaciones prácticas importantes en la formación espiritual y en la vida cristiana.

Un tema muy presente en el debate actual es la enseñanza conocida como “el evangelio de la prosperidad”. Esta doctrina afirma que la fe del creyente debe producir bienestar material, salud física y éxito personal. Muchos líderes evangélicos la rechazan por considerar que distorsiona el mensaje bíblico, pues pone el énfasis en los bienes temporales y no en el llamado a negarnos a nosotros mismos, tomar la cruz y seguir a Cristo.

Personalmente, no creo en el evangelio de la prosperidad, pero sí creo que el evangelio del Reino puede prosperar nuestra vida de manera integral; no para vanidad ni ambiciones personales, sino para el propósito y avance del Reino. Vivimos en un sistema cuyo poder es el dinero, y no podemos penetrarlo debidamente sin recursos.

No necesitamos dinero para acercarnos a Dios ni para ser más espirituales, pero sí lo requerimos para avanzar efectivamente en este sistema. En otras palabras, el dinero está para servirnos, no para que le sirvamos como si fuera un dios. Una teología bíblica sana y equilibrada debe enseñar tanto el poder de Dios para proveer y bendecirnos de manera integral, como el valor del sufrimiento redentor.

Otra diferencia doctrinal muy común en la Iglesia de hoy es el rol de la mujer en el ministerio, tema que ha generado varios puntos de divergencia interna. Algunas iglesias, basadas en textos como **1 Timoteo 2** y **1 Corintios 14**, sostienen que el liderazgo pastoral está reservado exclusivamente a los hombres.

Otros, en cambio, entendemos que en Cristo no hay distinción de género para ejercer dones y ministerios, y por ello permiten a las mujeres desempeñar funciones dentro del ministerio. En la práctica, las mujeres tienen un rol activo en todos los contextos; la diferencia principal radica en que no siempre reciben un nombramiento formal o identificación ministerial. Este debate, más allá de la práctica, revela diferentes formas de interpretar las Escrituras: ya sea

atendiendo a la letra o considerando su contexto cultural e histórico.

La respuesta de la Iglesia ante los desafíos sociales y culturales del siglo XXI también ha generado diferencias entre nosotros. Hay congregaciones o ministros que mantenemos posturas firmes en temas como el aborto, el matrimonio entre personas del mismo sexo y la ideología de género, mientras que otros adoptan un enfoque más abierto al diálogo cultural. Estas diferencias, muchas veces, no radican tanto en las doctrinas como en las estrategias pastorales, o en la ética pública que pretende la Iglesia, pero es un asunto grave que merece un tratamiento más profundo.

Por otra parte, la relación entre la fe cristiana y la política es otro ámbito de tensión. Algunas iglesias consideran necesario involucrarse activamente en el ámbito político para defender los valores cristianos, mientras que otras prefieren mantener una separación más marcada, enfocándose exclusivamente en la proclamación del evangelio y la formación de discípulos.

En este punto, la sabiduría pastoral y el discernimiento profético son esenciales para evitar caer tanto en el activismo ideológico como en el aislamiento espiritual. Este tema debería ser debatido para no perder el enfoque ni el sano equilibrio doctrinal.

Como ministros de esta generación, debemos enseñar estas diferencias con humildad, guiando a la Iglesia a amar la

verdad, respetar la conciencia del prójimo y buscar la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz. No estamos llamados a uniformar todas las expresiones doctrinales, sino a edificar sobre el fundamento inmutable de Jesucristo, procurando que, en medio de la diversidad doctrinal, seamos hallados fieles a la Palabra y obedientes a la voz del Espíritu Santo.

Existen muchas más diferencias, pero solo he mencionado algunas. Tampoco he buscado imponer mi postura en cada punto, aunque pueda quedar en evidencia, porque hacerlo con debido respeto, implicaría un desarrollo profundo de cada tema y posición. Mi intención, tampoco es imponer mis ideas como maestro, sino hacer un llamado al debate, porque estos temas son profundos y no pueden abordarse en un simple capítulo como este.

Reitero esto: Mi propósito en este capítulo es crear una conciencia de compromiso y formación, para superar las confusiones actuales; tanto las que pretende el sistema de este mundo, como las que sufrimos internamente. Si deseamos formar discípulos resistentes, los líderes debemos afrontar humildemente algunas diferencias, y para hacerlo debidamente necesitamos rendirnos ante la presencia del Señor, permitiendo que Él trabaje en nuestros corazones.

***“Pero se levantaron falsos profetas entre el pueblo, así como habrá también falsos maestros entre vosotros, los cuales encubiertamente introducirán herejías destructoras, negando incluso al Señor que los compró, trayendo sobre sí una destrucción repentina. Muchos***

*seguirán su sensualidad, y por causa de ellos, el camino de la verdad será blasfemado; y en su avaricia os explotarán con palabras falsas. El juicio de ellos, desde hace mucho tiempo no está ocioso, ni su perdición dormida”.*

2 Pedro 2:1 al 3 LBLA



## Capítulo tres

# Resistiendo la Deconstrucción de la fe

*“Dichoso aquel a quien su conciencia no lo acusa por lo que hace. Pero el que tiene dudas en cuanto a lo que come se condena; porque no lo hace por convicción. Y todo lo que no se hace por convicción es pecado.”*

Romanos 14:22 y 23

En los últimos años ha emergido una corriente preocupante dentro de los círculos cristianos, especialmente entre los más jóvenes, denominada “la deconstrucción de la fe”. Esta tendencia, influenciada por el pensamiento postmoderno o meta-moderno, y promovida ampliamente en redes sociales, consiste en cuestionar, criticar y redefinir los elementos fundamentales del cristianismo bíblico.

La deconstrucción de la fe es un proceso mediante el cual las personas reexaminan, cuestionan y, en algunos casos, modifican sus creencias espirituales. Esto puede llevar a un rechazo de la doctrina que antes sostenían, a una fe renovada o a una adaptación de sus creencias para que sean más

satisfactorias a sus propios criterios. Se reconoce que esta corriente, también conocida como deconstrucción religiosa, tiene sus raíces en el movimiento exevangélico surgido en Estados Unidos.

Uno de los impulsores más reconocidos de esta corriente es Mark Hackett, quien define la deconstrucción de la fe como “el desmantelamiento sistemático del propio sistema de creencias para examinarlo”. Para los cristianos, esto puede implicar una amplia gama de preguntas, desde lo teológico hasta lo práctico.

Puede significar cuestionar la supuesta infalibilidad de la Biblia, la cultura y tradiciones de la iglesia, la aplicación práctica o la mala aplicación del Evangelio, y mucho más. La deconstrucción de la fe puede comenzar en muchos puntos diferentes y por diversas razones.

Si esto suena simplemente a un ejercicio intelectual divertido, definitivamente no lo es. La deconstrucción consiste en confrontar preguntas difíciles y experiencias dolorosas que un creyente ha reprimido durante años, obligándolo a finalmente enfrentar dudas y preocupaciones que siempre han estado allí, acechando en las sombras”.

Es muy penoso ver cómo un joven creyente, ahora padre de familia, haya vivido en la Iglesia experiencias que lo hayan llevado a cuestionar profundamente su fe. Ante esto, no tengo problema en incluir sus sentidas expresiones,

porque entiendo que, desde su perspectiva personal, puede tener mucha razón.

He tenido la oportunidad de ministrar a muchos hermanos que me han compartido sus dolorosos testimonios sobre lo que han vivido en sus congregaciones, y ciertamente no solo me conmueven, sino que termino diciéndoles que tienen toda la razón, lo cual no implica que se deban tomar decisiones carentes de sabiduría. En todo caso, siempre debemos buscar una clara dirección de Dios.

El mal manejo de muchos liderazgos cristianos es una realidad que no podemos ignorar. Hay personas que han sido abusadas espiritualmente y es lógico que, en determinado momento, decidan iniciar un proceso de deconstrucción de su fe. Sin embargo, debemos ser claros: las experiencias personales, por más dolorosas que sean, no deben generar dudas sobre el verdadero Evangelio del Reino.

Mark Hackett se define a sí mismo como un creyente que fue expulsado de la Iglesia por querer seguir a Jesucristo. Al leer sus relatos personales, no podemos obviar la realidad de que fue víctima de abuso espiritual; sin embargo, esas experiencias que lo han llevado a adoptar una postura crítica contra el cristianismo verdadero, no justifican esa posición. Digo que lo han puesto como opositor porque, gracias a los medios digitales y a su blog personal, se ha convertido en un vocero popular con un claro mensaje de deconstrucción de la fe dirigido a los jóvenes cristianos. Esto, lógicamente, es muy dañino y peligroso.

La deconstrucción de la fe no es simplemente una revisión sincera de prácticas culturales o costumbres eclesiásticas, sino un proceso más profundo y peligroso que, en muchos casos, termina en el abandono total de la fe o en la adopción de una espiritualidad alejada del Evangelio de Cristo.

A diferencia de la lucha honesta del creyente que busca comprender mejor su fe, como lo vemos en los salmos o en las preguntas de los profetas, la deconstrucción moderna suele tener raíces ideológicas: desconfía de toda autoridad, desprecia la verdad revelada y eleva las emociones personales como criterio supremo de verdad. De hecho, hoy muchos cristianos afirman que su única autoridad es Cristo y que, por tener al Espíritu Santo, no necesitan que nadie les enseñe nada, citando **1 Juan 2:27** para justificar esta postura.

En lugar de buscar la transformación por medio de la Palabra, muchos intentan transformar la Palabra para que se acomode a sus deseos. Tal vez se escudan en sus malas experiencias para justificar sus cambios, pero esto no debe ser así. Cuando dejan de aceptar la Biblia como la voz final de Dios, y la consideran simplemente una colección de textos sujetos a revisión cultural, entran en una zona gris que puede ser mortal para su vida espiritual.

Cuando la frustración por malas experiencias termina siendo el pretexto para desechar enseñanzas claras sobre el pecado, la redención, el juicio o la santidad, y en su lugar se abrazan narrativas más cómodas, populares o menos

confrontativas, lo que se hace es adecuar el Evangelio al gusto personal. Esto puede ser agradable para la carne, pero resulta mortal para la vida espiritual.

La verdad es que esta distorsión tiene raíces profundas en el relativismo cultural, y en el intercambio acelerado que caracteriza la era digital en la que vivimos. Hace algunos años, nadie compartía ciertas experiencias dolorosas con otras personas por temor a las autoridades espirituales. Aunque esto podría haber sido sano, no lo fue, porque entre malos liderazgos se generaron muchas injusticias y abusos espirituales, cubiertos por un perverso manto de silencio.

Por otro lado, vemos que hoy en día, todos escuchan y nadie se calla nada. Esto también podría ser algo positivo, pero el problema es que todo se convierte en un caldo de cultivo para la mentira, el engaño y la maldad. Por supuesto, la idea no es prohibir nada; lo que está ocurriendo es inevitable. Que los muchos “Mark Hackett” de la vida hagan un llamado a la deconstrucción de la fe debido a sus experiencias personales es algo inevitable. Por eso enseñó que debemos formar discípulos resistentes, fundamentados en una enseñanza correcta y un liderazgo verdaderamente ungido.

Otro ejemplo que podemos citar es el de Joshua Harris, quien conmovió al mundo evangélico de Estados Unidos en 2019. Harris fue un paladín de la llamada “cultura de la pureza” a finales de los años noventa y principios del siglo XXI. Sus libros luchaban contra el contexto hipersexualizado

que rodeaba a los jóvenes y proponían un modelo diferente de noviazgo.

Sin embargo, años después, Harris se retractó de todos sus argumentos, llegando al punto de emitir públicamente una disculpa a quienes consideraba haber dañado con esas enseñanzas que, promovían una conducta sexual distinta a la propuesta por la cultura actual en el noviazgo. Incluso llegó a un acuerdo con las casas editoriales para retirar sus libros del mercado y evitar nuevas reimpresiones.

En 2019, Harris y su esposa anunciaron su divorcio y poco después se supo que él ya no se consideraba cristiano. Personas como él, con luchas y desequilibrios personales, se expresan libremente en medios digitales, y sus opiniones llegan a miles, incluso millones de personas, que pueden verse afectados por ellas. Esto puede causar un gran daño a jóvenes o personas espiritualmente inmaduras.

La idea no es silenciar las voces críticas hacia la Iglesia, ni las críticas malintencionadas o diabólicas, ni siquiera aquellas fundamentadas en experiencias reales. La idea es formar discípulos del Reino, liderando y enseñando bajo la dependencia del Espíritu Santo, y trabajando incansablemente para servir a Dios y a los santos con limpia conciencia.

Si realizan una búsqueda en línea, encontrarán toda una comunidad que se ha unido bajo la idea de una fe deconstruida. Algunos tienen libros y podcasts con grandes

audiencias. Lamentablemente, la idea de deconstruir la fe se ha popularizado. Pero esto no debería sorprendernos; en un mundo bajo la influencia de las tinieblas, esto es lógico. Sin embargo, quienes somos comunicadores del Evangelio debemos prevenir a nuestra gente.

Lo que también he observado con mucha tristeza es que la gran mayoría de los casos de deconstrucción, están relacionados con experiencias personales, asuntos morales e incluso políticos. Las personas rechazan lo que han creído porque cuestionan las doctrinas, la fe que han abrazado y la posición del cristianismo histórico respecto a ciertos temas. Por lo general, el camino que siguen, gira en torno a asuntos como el matrimonio tradicional, la sexualidad, los problemas raciales u otros puntos de relevancia social.

La idea de que cada quien puede tener su “verdad” ha debilitado la noción de una verdad absoluta, eterna e inmutable, y eso es peligroso porque la verdad no es un conjunto de conceptos teológicos, sino una persona: “Jesucristo” (**Juan 14:6**). Las redes sociales han amplificado esta influencia de una supuesta libertad, dándole visibilidad y atractivo a testimonios de personas que dejaron el cristianismo tradicional por malas experiencias, para seguir una versión más libre, inclusiva o progresista del cristianismo, tal como ellos la presentan. Sin embargo, la libertad verdadera es la que produce la única verdad (**Juan 8:32**).

Cuando influencers, ex ministros y ex cristianos comparten públicamente sus procesos de deconstrucción, promoviendo dudas como si fueran virtudes y sugiriendo que la fidelidad bíblica es una forma de opresión, lo único que hacen es causar daño. Lo que en otros tiempos se habría llamado apostasía, hoy se celebra como libertad espiritual. Quienes predicamos el verdadero Evangelio debemos ser firmes y claros.

Frente a este panorama, el discipulado es atacado en su esencia. Por eso necesitamos un discipulado resistente a toda presión. Ser discípulos implica seguir a Cristo con obediencia y sumisión, mientras que la deconstrucción enseña a seguir los propios sentimientos, y a reinterpretar a Cristo según la conveniencia personal. Lo único que dará firmeza a los hijos de Dios es un discipulado del Reino, basado en la correcta comprensión del Nuevo Pacto.

Se cuestiona la autoridad de las Escrituras, se reduce a Jesús a un símbolo de amor sin verdad, y se diluye el Evangelio hasta dejarlo sin poder transformador. La deconstrucción no edifica una fe más auténtica, sino una que se acomoda al espíritu de la época y pierde su conexión con la verdad de Dios.

La única manera de resistir esta corriente es volver al fundamento sólido de la Palabra de Dios, bajo una interpretación correcta. Es urgente recuperar el amor por la verdad revelada, no por una teología fría y carente de vida espiritual. No podemos resistir con simples eslóganes o

frases motivacionales. Necesitamos una generación como la de los hermanos de Berea, que escudriñaban cada día las Escrituras para comprobar la verdad.

Necesitamos levantar discípulos que entiendan que Jesús no es una idea abierta a interpretación privada, sino el Hijo de Dios, el Señor resucitado, el Camino, la Verdad y la Vida. Aquel en quien vivimos, nos movemos y somos (**Hechos 17:28**). Él no vino a ser reinterpretado culturalmente, sino a ser obedecido y seguido con todo el corazón.

Además, es fundamental permanecer conectados a la comunidad de fe. Muchos procesos de deconstrucción comienzan en el aislamiento, cuando los creyentes se apartan de la Iglesia, se encierran en sus dudas y buscan respuestas en fuentes incorrectas. La Iglesia, aunque imperfecta, es el cuerpo de Cristo en la tierra, el lugar donde el Espíritu Santo ministra, fortalece, corrige y afirma.

No podemos vivir una vida cristiana madura separados del pueblo de Dios. Por eso, la exhortación de Hebreos sigue siendo vigente: no dejemos de congregarnos, como algunos tienen por costumbre, sino exhortémonos unos a otros, tanto más cuanto vemos que el día del Señor se acerca (**Hebreos 10:25**).

Como pastores, maestros y líderes, no podemos ignorar esta realidad ni responder con dureza o indiferencia. Necesitamos sabiduría para guiar a quienes están luchando

con dudas, paciencia para enseñar con claridad, y firmeza para no ceder ante las presiones culturales.

Debemos acompañar con amor pastoral, pero sin negociar la verdad. Enseñemos apologética bíblica, formemos discípulos que sepan dar razón de su esperanza, construyamos relaciones profundas donde los creyentes puedan compartir sus inquietudes, ser corregidos con gracia y afirmarse en la fe verdadera. En medio de esta generación inestable, Dios nos llama a levantar un discipulado firme, maduro y lleno del Espíritu Santo.

El llamado es claro: no podemos permitir que el cristianismo sea reducido a una experiencia emocional moldeada por la cultura. El Evangelio de Jesucristo sigue siendo poder de Dios para salvación a todo aquel que cree. Nuestra fe no necesita ser deconstruida, necesita ser vivida con fidelidad.

Que el Señor nos conceda ser columnas firmes en medio de una sociedad que se desmorona espiritualmente. Como escribió el apóstol Pablo a los colosenses: ***“De la manera que habéis recibido al Señor Jesucristo, andad en él; arraigados y sobreedificados en él, y confirmados en la fe, así como habéis sido enseñados... mirad que nadie os engañe por medio de filosofías y huecas sutilezas, según las tradiciones de los hombres, conforme a los rudimentos del mundo, y no según Cristo”*** (Colosenses 2:6 al 8).

Este es el tiempo de formar discípulos resistentes, que no solo sobrevivan a la confusión espiritual de esta época, sino que sean luz, verdad y testimonio para otros. Que nuestras vidas y enseñanzas reflejen la firmeza del Evangelio, y que podamos presentar ante el Señor una generación de creyentes que no doblaron sus rodillas ante el sistema de este mundo, sino que permanecieron firmes, aferrados a la verdad que salva y transforma.

Esto no implica que algunos hermanos, ante experiencias traumáticas o desagradables en sus congregaciones, no permitan que alguna duda se levante en sus corazones, pero hay una gran diferencia entre abandonar lo que creemos y luchar con posibles dudas.

A lo largo de la historia, muchos creyentes han vivido alguna crisis de fe. Por ejemplo, aunque no con estas palabras, creo que algo así fue lo que experimentó Elías en la cueva luego de su encuentro con Jezabel (**1 Reyes 19**). Pero Elías no experimentó una deconstrucción de su fe; más bien, su agotamiento y las amenazas de Jezabel lo hicieron dudar de sí mismo y de su propósito ministerial.

Si somos honestos, todos los creyentes hemos tenido alguna duda contra la cual hemos tenido que batallar. Tal vez no dudas respecto de Dios, pero sí en relación con nuestra tarea, con algún ministerio, o con algunas personas en las que confiábamos como hermanos en la fe. Pero reitero: hay una gran diferencia entre abandonar lo que creemos y luchar con posibles dudas que podamos tener.

Tener dudas legítimas que nos lleven a pensar, profundizar, meditar y dialogar con otros para intercambiar opiniones, no es lo mismo que deconstruir la fe o abandonar nuestras convicciones. Los que conocen mis enseñanzas saben que he trabajado y escrito mucho sobre el tema de la “Reforma”, entendida como el ejercicio de revisar nuestras doctrinas con humildad, dispuestos a corregir lo que sea necesario en busca de la verdad. Pero eso nada tiene que ver con la deconstrucción de la fe. Esta última es sumamente peligrosa, pues suele desembocar en una postura relativista: “voy a tomar de todo un poco, y voy a creer lo que yo quiera, porque será mi elaborada verdad”.

Quienes pretenden deconstruir su fe, generalmente cuestionan lo que la Biblia enseña sobre asuntos morales, especialmente cuando esas enseñanzas se contraponen a las exigencias de la cultura actual. Suelen afirmar que aman a Jesús, pero a la vez desean vivir sin someterse a sus enseñanzas ni a la autoridad de Su Palabra.

A Jesucristo no se le puede llamar Señor sin respetar Su voluntad. No se puede pretender honrarlo adaptando sus claras enseñanzas, a la cultura que nos rodea, o a los deseos personales que podamos tener. Entiendo que muchos de los que abrazan la deconstrucción han vivido situaciones adversas o traumáticas en alguna congregación, y quizás tengan sus razones personales. Pero eso no justifica desechar la Palabra de Dios, ni adaptarla a su conveniencia.

Siempre insisto en que debemos reflexionar sobre la manera en que interactuamos con la sociedad en la que vivimos. Por eso escribí libros como “La Iglesia en el mercado”, porque estoy convencido de que, sin cambiar nuestro mensaje, podemos penetrar el sistema siendo luz y sal. Pero eso no implica acomodar nuestra doctrina al gusto de las personas, ni camuflar las demandas divinas para no incomodar a alguien.

Es precisamente por estas presiones sociales y culturales que necesitamos estar seguros y firmes en nuestra fe. La deconstrucción no produce reformas válidas, sino desvíos de la verdad. Necesitamos ser discípulos que resistan con firmeza la voz del entorno. Discípulos firmes que honren la voz del Señor.

***“Le contestó Jesús: El que me ama, obedecerá mi palabra, y mi Padre lo amará, y haremos nuestra morada en él.”***

Juan 14:23



## Capítulo cuatro

# Valentía y verdad Resistencia legítima

*“Pedro estaba sentado fuera en el patio; y se le acercó una criada, diciendo: Tú también estabas con Jesús el galileo. Mas él negó delante de todos, diciendo: No sé lo que dices. Saliendo él a la puerta, le vio otra, y dijo a los que estaban allí: También éste estaba con Jesús el nazareno. Pero él negó otra vez con juramento: No conozco al hombre. Un poco después, acercándose los que por allí estaban, dijeron a Pedro: Verdaderamente también tú eres de ellos, porque aun tu manera de hablar te descubre. Entonces él comenzó a maldecir, y a jurar: No conozco al hombre. Y en seguida cantó el gallo.”*

Mateo 26:69 al 74

En un mundo de presiones, donde la confusión espiritual, los valores morales y el relativismo cultural avanzan con fuerza, la Iglesia de Cristo necesita levantar una generación de creyentes con carácter firme. Este carácter no se construye en la comodidad ni se hereda por tradición; se recibe por la vida espiritual y se forja en la intimidad con

Dios, en la meditación en Su Palabra y en la obediencia cotidiana al Espíritu. La resistencia espiritual no consiste simplemente en “aguantar” las pruebas, sino en mantenernos fieles a Cristo en medio de una sociedad que presiona para que callemos, cedamos o retrocedamos.

Pedro fue un discípulo muy fiel, pero cuando comenzó a seguir a Jesús no fue porque había recibido la gracia de la regeneración; eso todavía no era posible. Pedro entendió, por el milagro de la pesca, que Jesús podía ser el Mesías profetizado, y decidió dejarlo todo para seguirlo.

Durante tres años, Pedro estuvo al lado de Jesús tratando de colaborar en todo. De hecho, es de quien más ejemplos tenemos, sean buenos o malos, porque era extrovertido, rápido para hablar y protagonista en todo momento. Pedro fue parte del círculo íntimo de Jesús. El Maestro hablaba a las multitudes, tenía a setenta discípulos, luego a sus doce más cercanos, y entre ellos había tres a quienes llevaba a todos lados: Pedro, Jacobo y Juan.

Pedro solía equivocarse con sus comentarios, como cuando reconvino a Jesús por anunciar que debía ir a Jerusalén, o cuando pasó de la fe a la incredulidad al caminar sobre las aguas y luego hundirse. También transitó de la revelación a la confusión: pudo declarar que Jesús era el Cristo, el Hijo del Dios viviente, y luego el mismo Padre tuvo que corregirlo en el monte de la Transfiguración, diciéndole que se callara y escuchara a Su Hijo.

Las preguntas entonces serían: ¿Por qué Pedro se equivocaba tanto? ¿Por qué negó a Jesús, habiéndose comprometido a ir preso o morir por Él si era necesario? La respuesta es que Pedro seguía a Jesús bajo el poder de su conciencia, pero aún no había recibido la vida espiritual, y por tanto, no tenía al Espíritu Santo habitando en él, ni contaba con Su supervisión interior.

El mismo Pedro que negó a Jesús ante la presión de una mujer, es el mismo que, años más tarde, fue crucificado cabeza abajo por causa del Evangelio. Algo sucedió que lo transformó de un discípulo débil que negó sus convicciones, a uno resistente que no se quebró ante una violencia aún mayor.

La regeneración y el desarrollo de la vida espiritual son claves para un discipulado resistente, porque solo a través de la vida del Espíritu pueden surgir dos protagonistas fundamentales: la valentía y la verdad. Estas son como dos columnas que sostienen a todo discípulo resistente. Si falta una, el edificio se inclina y termina por caer. La valentía nos impulsa a actuar, a hablar, a mantenernos firmes. La verdad nos guía, nos limita, nos da claridad. Una sin la otra se convierte en una deformación peligrosa.

La valentía bíblica no es arrogancia ni osadía sin sentido. No se trata de hablar fuerte ni de ganar discusiones. Es la decisión de obedecer a Dios, aun cuando tengamos miedo. Como dijo el mismo Pedro: ***“Es necesario obedecer a Dios antes que a los hombres” (Hechos 5:29)***. Valentía

fue lo que mostró Daniel cuando siguió orando, sabiendo que sería arrojado al foso de los leones. Valentía fue lo que tuvo Esteban al predicar la verdad, aunque sabía que lo apedrearían. Valentía es lo que muchos cristianos perseguidos muestran hoy en países donde profesar la fe puede llevarlos a la cárcel o incluso a la muerte.

En nuestra cultura occidental, quizás no se nos encierre por predicar el Evangelio, pero sí se nos margina, ridiculiza o censura. ¿Cómo respondemos cuando en una conversación se burlan de los valores bíblicos? ¿Cómo actuamos cuando nuestros hijos son adoctrinados con ideologías contrarias a la fe en las escuelas? ¿Nos quedamos callados por temor a ser tachados de retrógrados o intolerantes? Allí es donde se prueba la valentía cristiana. En lo cotidiano, en lo práctico, en lo sencillo.

Una joven de la iglesia, por ejemplo, puede sentir la presión de sus compañeros para aceptar el pecado como “una opción válida”. Pero, defender la pureza sexual, el matrimonio bíblico o la vida desde la concepción, hoy requiere verdadera valentía. No se trata de pelear con todos, sino de no ceder ante la mentira, con fundamentos claros y firmes.

Una madre que decide criar a sus hijos conforme a los principios de la Palabra, enfrentará la crítica de un mundo que le dice que “debe dejarlos elegir”. Un trabajador que se niega a mentir en su empleo, porque su conciencia se lo impide, quizás pierda oportunidades, pero mantendrá su

integridad. Valentía no siempre significa hacer algo grande. A veces, es simplemente no retroceder.

En la otra mano, tenemos la verdad. La resistencia no puede construirse sobre emociones o experiencias. Necesita una base sólida. Y esa base es la Palabra de Dios. Jesús oró al Padre: “*Santificalos en tu verdad; tu palabra es verdad*” (**Juan 17:17**). Sin la verdad no hay discernimiento, ni dirección, ni estabilidad. El que no conoce la verdad bíblica será arrastrado por las olas de la opinión pública, o por los vientos de doctrinas falsas. Pablo advirtió que llegaría el tiempo en que muchos no soportarían la sana doctrina (**2 Timoteo 4:3**), y creo que ese tiempo ha llegado.

La verdad no se define por encuestas ni por emociones. No cambia con las generaciones. Es eterna, revelada, viva. El problema es que muchos cristianos hoy tienen una fe débil, porque conocen poco la Palabra. Se alimentan de frases motivacionales, de videos cortos en redes sociales, de opiniones de influencers cristianos, pero no escudriñan las Escrituras. Y cuando les llega la prueba, no tienen con qué responder.

*“¡Oh profundidad de las riquezas de la sabiduría y de la ciencia de Dios! ¡Cuán insondables son sus juicios, e inescrutables sus caminos!”*

Romanos 11:33

El apóstol Pablo escribió esta exclamación maravillosa respecto de las profundidades de la verdad divina. No

podemos pensar que la verdad es simplemente comprar una Biblia o decir que creemos. Debemos profundizar en ella si es que pretendemos formar discípulos trascendentes.

Es lógico que a la gente le guste la gratificación instantánea, y observen las cosas de manera muy superficial, sobre todo en esta era tan dada a los “reels”. En realidad, se requiere meditación para entender las verdades profundas de la Biblia. Una vida cristiana superficial es el resultado de no escudriñar las profundidades de la Palabra de Dios. Solo escuchar la predicación de la Palabra e ir a las reuniones de domingo no es suficiente.

***“Jesús se dirigió entonces a los judíos que habían creído en él, y les dijo: Si se mantienen fieles a mis enseñanzas, serán realmente mis discípulos; y conocerán la verdad, y la verdad los hará libres.”***

Juan 8:31 y 32

Jesús vinculó el discipulado al conocimiento de la verdad. Sin duda, necesitamos una iglesia resistente, una iglesia que ame la verdad. Que enseñe la verdad con claridad y sin atajos. Que no adorne el evangelio para hacerlo más aceptable, ni lo diluya para evitar el rechazo. Que predique la cruz, el arrepentimiento, el señorío de Cristo, la santidad, la gracia y el juicio. Que prepare a sus miembros para discernir el error, y no dejarse seducir por mensajes bonitos pero vacíos.

Verdad es corregir al hermano que está en pecado, aunque nos cueste su amistad. Verdad es enseñar a nuestros hijos lo que dice Dios, aunque el mundo les diga otra cosa. Verdad es anunciar que fuera de Cristo no hay salvación, aunque eso ofenda a quienes buscan un “evangelio inclusivo”.

Ahora bien, tanto la valentía como la verdad pueden desviarse si no se equilibran. Si tenemos valentía sin verdad, nos volvemos fanáticos. Luchamos por cosas sin fundamento, herimos con nuestras palabras, actuamos sin sabiduría. Pero si tenemos verdad sin valentía, nos volvemos cobardes. Sabemos lo que es correcto, pero no lo vivimos. Callamos cuando deberíamos hablar. Cedemos por miedo a perder aprobación.

Cristo fue y es el modelo perfecto. No fue cobarde ni agresivo. No temió a los hombres, pero tampoco los odió. Habló con autoridad, pero con compasión. No toleró la mentira, pero ofreció gracia a los que estaban atrapados en ella. Cuando le trajeron a la mujer sorprendida en adulterio, no negó su pecado, pero tampoco la condenó. Le dijo: ***“Ni yo te condeno; vete, y no peques más”*** (Juan 8:11). La verdad y la gracia van juntas, al igual que la valentía y el amor.

Ese es el carácter que el discipulado resistente debe formar. Y eso no sucede de un día para otro. Requiere enseñanza sólida, pero también práctica. Requiere modelos visibles, pero también un ambiente donde se anime a crecer.

Necesitamos iglesias donde los creyentes puedan hacer preguntas, entrenarse en el discernimiento y animarse mutuamente a ser valientes. Donde los pastores prediquen sin temor, pero también escuchen con humildad. Donde se corrija el error, pero también se abrace al arrepentido.

Cuando la valentía y la verdad se unen, se forma un pueblo que no retrocede. Un pueblo que permanece fiel, aunque sea atacado. Que no cede ante el error, aun cuando algunos pretendan disfrazarlo de amor. Que no se esconde, pero tampoco hiere a nadie. Un pueblo que resiste con carácter, con integridad, con convicción.

Porque al final, no se trata solo de resistir por resistir. Se trata de permanecer fieles a Jesús. De llevar su luz a un mundo en tinieblas. De ser sal que no ha perdido su sabor. De ser discípulos que no se rinden, aunque cueste, aunque duela, aunque el precio sea alto. Dios no nos ha dado un espíritu de cobardía. Nos ha dado poder, amor y dominio propio. Con ese Espíritu, vivamos con valentía y en la verdad. Así resistiremos, y así venceremos.

***“Manténganse alerta; permanezcan firmes en la fe; sean valientes y fuertes”***

1 Corintios 16:13

En tiempos donde reina la confusión, y las presiones externas e internas intentan moldear el pensamiento y la conducta de los creyentes, el llamado de Dios sigue siendo claro: ***“resistid firmes en la fe”***.

La resistencia legítima no es una reacción violenta ni una actitud de confrontación carnal, sino una postura espiritual: firme, sobria y perseverante frente a los ataques del error y la corrupción moral. Es una resistencia nacida de la comunión con Dios y alimentada por la verdad revelada en Su Palabra.

El apóstol Pablo, en su carta a los Efesios, nos exhorta a fortalecernos en el Señor y en el poder de su fuerza, tomando toda la armadura de Dios para poder estar firmes contra las asechanzas del diablo (**Efesios 6:10 y 11**). En esta armadura, que el apóstol describe magistralmente, no encontramos armas humanas, sino elementos espirituales que reflejan el carácter mismo de Cristo: la verdad, la justicia, la fe, la salvación, la Palabra viva de Dios y la oración constante.

Estas son las armas legítimas que el creyente está llamado a empuñar con valentía, no para destruir personas, sino para demoler argumentos falsos y resistir en el día malo sin ser vencido.

En un mundo que aplaude lo malo y ridiculiza lo santo, resistir es inevitable para quien desea vivir piadosamente en Cristo Jesús. Las ideologías actuales no solo niegan los fundamentos del evangelio, sino que buscan activamente silenciar a quienes los proclaman.

En este contexto, muchos creyentes sienten la tentación de adaptarse, suavizar el mensaje o callar para

evitar conflictos. Pero el llamado bíblico es a no ceder ni por un momento al error, como lo expresó Pablo cuando tuvo que confrontar a quienes querían distorsionar la verdad del evangelio.

Esta resistencia no es nueva. Desde los primeros días, el pueblo de Dios ha sido llamado a mantenerse firme. Pedro y Juan, amenazados por el Sanedrín, respondieron con humildad pero con firmeza: ***“No podemos dejar de decir lo que hemos visto y oído”*** (Hechos 4:20). Jesucristo mismo nos dio el ejemplo supremo cuando, en el desierto, enfrentó las tentaciones del diablo con un simple y poderoso: ***“Escrito está”*** (Mateo 4:7; Lucas 4:12).

La resistencia legítima no puede nacer del orgullo ni de la autosuficiencia. Es el fruto de una vida fortalecida en la gracia de Dios, cultivada en la Palabra y ejercitada en la oración. No se trata de discutir con todo aquel que piensa distinto, sino de permanecer fieles, y sin vergüenza, al mensaje de la cruz. El cristiano no resiste con odio ni con arrogancia, sino con mansedumbre y reverencia, como enseña Pedro:

***“...estando siempre preparados para presentar defensa ante todo el que os demande razón de la esperanza que hay en vosotros; pero hacedlo con mansedumbre y reverencia, teniendo buena conciencia, para que en aquello en que sois calumniados, sean avergonzados los que difaman vuestra buena conducta en Cristo”***

1 Pedro 3:15 y 16

La resistencia legítima es también una esperanza activa. Quien resiste fielmente sabe que no lo hace en vano. Dios ha prometido coronar a los que perseveran hasta el fin. Jesús camina con los que no niegan Su nombre. El Espíritu fortalece a los que no apagan la verdad.

Resistir es, en realidad, confiar. Es creer que el evangelio sigue siendo poder de Dios. Es esperar, contra toda esperanza, que la luz vencerá a las tinieblas y que el Reino invisible de Dios, es más real que los reinos que se imponen visiblemente.

Por tanto, en estos días de engaño y presión, la Iglesia necesita hombres y mujeres que se mantengan en pie. No se requieren multitudes ni espectáculos, sino creyentes convencidos, firmes, llenos del Espíritu y de la Palabra. No llamados a imponer, sino a exponer. No a pelear con el mundo, sino a proclamar la verdad que salva al mundo.

Esta es la resistencia legítima. No es una trinchera, es un testimonio. No es una reacción, es una convicción. No es orgullo humano, es obediencia a Dios. Que seamos hallados fieles en este tiempo. Que no nos dejemos arrastrar por el ruido del mundo ni por el miedo a sus amenazas. Que al igual que la Iglesia primitiva cuando fue amenazada, respondamos orando: ***“Señor, concede a tus siervos que con todo desnudo hablen tu palabra” (Hechos 4:29)***. Y que, el día en que se escriba nuestra historia, se diga de nosotros que resistimos con amor, con verdad, con esperanza... y con las armas legítimas del Reino.

***“No te asustes por los sufrimientos que vienen. Escucha, el diablo va a meter a algunos de ustedes en la cárcel para ponerlos a prueba. Van a sufrir durante diez días, pero sigue firme en tu fe, incluso si tienes que morir. Si no renuncias a tu fe, yo te premiaré con la vida eterna”.***

Apocalipsis 2:10 PDT



## Capítulo cinco

# Resistencia Intergeneracional

*“Grande es Jehová, y digno de suprema alabanza;  
Y su grandeza es inescrutable.  
Generación a generación celebrará tus obras,  
Y anunciará tus poderosos hechos”.*  
Salmo 145:3 y 4

Esta sencilla pero profunda declaración encierra un principio vital para la permanencia de la fe: La continuidad espiritual entre generaciones. No basta con tener una generación fiel; si la siguiente no conoce al Señor ni sus caminos, la resistencia se rompe y la fe comienza a desvanecerse.

La historia del pueblo de Israel está marcada por momentos de fidelidad seguidos por tiempos de olvido, y esto ocurría cada vez que no se traspasaba la verdad de manera eficaz de una generación a otra. La Biblia contiene varios versículos que hablan sobre la sabiduría de los ancianos. Uno de ellos es **Job 12:12**, que dice: *“En los ancianos está la*

*sabiduría, y en la larga edad, el entendimiento*". Esto significa que la experiencia y el paso del tiempo pueden llevar a una mayor comprensión de la vida.

Lamentablemente, en la Iglesia, esto no siempre se aprovechó como corresponde, y mucho menos hoy en día. Bíblicamente, vemos que algunos hombres de fe lograron transmitir su sabiduría a sus hijos. Por ejemplo, Abraham instruyó a su hijo Isaac, quien no solo sostuvo las promesas de su padre, sino que imitó algunos de sus actos, como abrir pozos en el desierto.

Por otra parte, también encontramos ejemplos negativos, como el de Salomón. Aunque recibió sabios consejos de su padre David, no supo transmitir su extraordinaria sabiduría a su hijo Roboam. Este, en lugar de administrar su gobierno con sensatez, consultó a los ancianos sobre cómo proceder, pero finalmente decidió seguir el consejo de sus inexpertos amigos. Sin duda, fue un joven desorientado y necio.

Lo mismo ocurrió con el pueblo de Israel en múltiples ocasiones. Cuando la transmisión de la sabiduría era buena, la siguiente generación avanzaba. Pero cuando no había una verdadera transferencia, el pueblo caía. Incluso hubo quienes tuvieron que sobreponerse a la falta de sabiduría de sus padres, como Gedeón, quien antes de enfrentar a los madianitas fue llamado por Dios a derribar los altares idolátricos de su propio padre.

En definitiva, la Biblia nos presenta muchos ejemplos, tanto buenos como malos, que muestran la gran diferencia entre una buena y una mala transmisión de sabiduría. Hoy en día esto se agrava, porque la cultura ha cambiado radicalmente, dificultando aún más esta transferencia, especialmente cuando los ancianos han dejado de ser considerados como portadores de sabiduría.

El vertiginoso avance de la ciencia hizo que muchos jóvenes, hoy ya adultos, se sumergieran en la tecnología con entusiasmo, mientras que muchas personas mayores la rechazaron por completo, creyendo que era algo exclusivo para los más jóvenes. Sin embargo, esos mismos ancianos, que inicialmente se resistieron al uso de computadoras y dispositivos tecnológicos, se vieron obligados a adaptarse o quedar al margen del sistema social. La tecnología avanzó tanto que, si no cambiaban, ni siquiera podrían cobrar su jubilación.

El problema es que, mientras los nativos digitales se sentían como pez en el agua, los ancianos debían pedir ayuda a sus nietos, aun para usar el control remoto de un televisor. Esto generó molestia en algunos adolescentes, quienes comenzaron a subestimarlos, creyendo que no entendían nada de la vida.

Pero la verdad es que la vida es mucho más que tecnología. A partir de la década del ochenta nacieron jóvenes mucho más hábiles para manejar dispositivos, pero con menos sabiduría respecto a la esencia de la vida misma.

La experiencia no se puede descargar como un programa de Windows.

Es comprensible que muchos ancianos no supieran cómo asumir rápidamente los cambios tecnológicos. Pero los jóvenes no deberían subestimar la experiencia de los mayores, aunque estos provengan de una sociedad muy distinta. Resulta paradójico que personas que han sobrevivido a guerras, hambre, pobreza y muchas dificultades, y que hoy, con pocos recursos y salud quebrantada, siguen luchando por vivir, no tengan voz autorizada ante jóvenes que aún no han enfrentado grandes batallas, y sin embargo, están recurriendo al suicidio como nunca antes.

En la Iglesia, esto no es muy distinto. La gran diferencia entre los ancianos y los jóvenes es, en muchos casos, una cuestión de respeto. Pero también hay diferencias que parecen irreconciliables. Y esto no debería ser así. El mundo continúa moviéndose a gran velocidad. Las generaciones piensan, se comunican y sienten de maneras distintas. En muchas iglesias, los adultos mayores se sienten irrelevantes, y los jóvenes, incomprendidos. Se ha quebrado el puente que unía la experiencia con la energía, y la sabiduría con la pasión.

Sin embargo, la Escritura no nos deja sin dirección. Desde el principio, Dios diseñó que la sabiduría y la fe fueran un legado, no solo una convicción personal. En **Deuteronomio 6**, Dios instruyó al pueblo a enseñar

diligentemente sus mandamientos a los hijos, hablándoles de ellos en casa, en el camino, al acostarse y al levantarse. No se trataba solo de enseñanza verbal, sino de un estilo de vida compartido, una espiritualidad vivida a la vista de los hijos.

No hay duda de que Loida y Eunice, la abuela y la madre de Timoteo, entendieron esto. Supieron transmitirle a Timoteo la fe y la sabiduría necesarias para seguir a Dios, aunque su padre fuera un hombre griego, es decir, un gentil. La fe genuina de estas mujeres impactó profundamente al joven Timoteo, quien llegó a ser un siervo valioso en la Iglesia del primer siglo.

Pablo no dudó en señalar esa herencia espiritual como parte esencial de su formación. Y de la misma forma, Timoteo fue profundamente marcado por la sabiduría y la fe del apóstol Pablo, un hombre mayor, enfermo y muchas veces encarcelado, pero a quien Timoteo reconoció como sabio y entendido.

La realidad de muchas congregaciones hoy es distinta. Las actividades para jóvenes se hacen por separado. Los adultos mayores se reúnen por su lado. Y los niños apenas conocen a aquellos que han caminado con el Señor durante décadas. Esta desconexión debilita el testimonio y rompe la transmisión de la fe.

La cultura digital, además, ha creado un terreno fértil para la confusión y el relativismo. Muchos jóvenes que crecieron en la iglesia ahora lo cuestionan todo. Algunos

abandonan la fe, no por falta de verdad, sino por falta de referentes espirituales confiables. La gran mayoría ha sido conquistada por la era digital, pero no por el diálogo ni por la sabia transmisión de la fe por parte de los mayores.

Frente a esto, necesitamos volver a un discipulado intergeneracional. La resistencia espiritual no se fortalece en soledad, sino caminando junto a otros. Se afirma cuando los mayores se convierten en mentores de los más jóvenes, cuando los testimonios de quienes han peleado la buena batalla inspiran a los que apenas comienzan su carrera.

Una iglesia saludable es como una familia en la que todos tienen un rol: los ancianos aconsejan, los adultos guían, los jóvenes sirven, los niños observan. En una iglesia así, no hay generaciones olvidadas, sino generaciones entrelazadas. Y surge entonces una gran pregunta: ¿Cómo lograr algo así?

En medio de una cultura saturada de voces y vacía de verdades, los jóvenes cristianos enfrentan desafíos espirituales sin precedentes, y los mayores debemos ayudarles. Entiendo que no están muy abiertos a escucharnos atentamente, pues están demasiado conectados con lo virtual y con las voces que los hacen sentir cómodos desde la distancia de una pantalla. Sin embargo, debemos abrir canales que nos permitan acercarnos a ellos con gracia y con verdad.

Las corrientes de pensamiento posmoderno, la presión social y la digitalización de la vida cotidiana los exponen a

una constante confusión sobre quiénes son y en qué deben creer. Ante este panorama, el discipulado no es una opción secundaria, sino una necesidad urgente. Y en esa misión, los creyentes mayores tienen un papel insustituible: transmitir el legado de la fe con firmeza, ternura y verdad.

La Biblia presenta con claridad la responsabilidad generacional que pesa sobre los hombros de los adultos espirituales. Pablo le dijo a Tito que los ancianos deben ser sobrios, dignos, prudentes, sanos en la fe, en el amor y en la perseverancia (**Tito 2:2**). No solo para agradar a Dios con su conducta, sino para enseñar con su ejemplo a los más jóvenes. Esto no se logra con fórmulas modernas ni imitando modas juveniles, sino modelando una vida cristiana que hable con hechos antes que con palabras.

En tiempos de confusión, el testimonio coherente se convierte en un faro para las almas jóvenes que aún están buscando dirección. Lamentablemente, muchos creyentes mayores, al intentar comunicarse con las nuevas generaciones, adoptan un estilo juvenil en apariencia o conducta, creyendo que eso captará su atención. Pero esa no es la manera. La astucia del camaleón no nos convierte en pares para ellos; por el contrario, puede volvernos ridículos o restarnos autoridad para enseñar verdades profundas.

No son pocos los creyentes mayores que, al ver la aparente indiferencia de los jóvenes, sienten la tentación de usar métodos que agraden más que convencen. Se reemplazan los principios por formas llamativas, el

contenido por entretenimiento, la profundidad por lo superficial. Algunos consiervos me han dicho: A los jóvenes hay que predicarles mensajes cortitos, porque no les gustan las prédicas largas. Bueno, eso no fue lo que hizo Pablo cuando Eutico se cayó por la ventana (**Hechos 20:9 al 12**). En realidad tenemos que hacer lo que debemos hacer, solo que con unción.

Es fácil caer en la trampa de querer ser relevantes a costa de diluir el mensaje. Pero el Evangelio no necesita ayuda para ser transformador. El poder del discipulado no está en agradar, sino en mostrar la superioridad de Cristo sobre cualquier cosa que el mundo pueda ofrecer.

Cuando los jóvenes se muestran ignorantes o incluso arrogantes, la reacción natural de muchos adultos es frustrarse o distanciarse. Pero el llamado de Dios es a tener compasión. La ignorancia no debe responderse con juicio, sino con enseñanza paciente.

Jesús mismo mostró esta actitud. Cuando sus discípulos no entendían o fallaban, no los abandonaba, sino que volvía a enseñar, a corregir, a formar. Su paciencia era tan firme como Su mensaje, y eso dejó una huella imborrable para todos. Es cierto que en algún momento llegó a decir: ***“¿Hasta cuándo los he de soportar?”*** (Mateo 17:17). Sin embargo, recobraba su compostura y los seguía soportando y amando, hasta decirles: ***“Yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo”*** (Mateo 28:20).

Es vital que los creyentes mayores comprendan que su autoridad no radica en la edad, sino en la actitud y el ejemplo. Las nuevas generaciones pueden no escuchar siempre pero, sí observan todo. Una vida coherente, centrada en Cristo, que resiste en santidad y amor, predica más fuerte que cualquier discurso. Pablo no pedía que lo escucharan, pedía que lo imitaran: **“Sed imitadores de mí, así como yo de Cristo” (1 Corintios 11:1)**. Esa es la esencia del discipulado: modelar a Cristo con la propia vida y con sabias enseñanzas.

Y así como se enseña con palabras y se predica con el ejemplo, también se edifica con oración. El creyente maduro no solo corrige y guía, también intercede. Hay jóvenes que nunca olvidarán que un hermano mayor oró por ellos en secreto, clamando por su alma cuando ellos mismos estaban lejos de Dios.

La oración no es un acto auxiliar en el discipulado, es parte esencial del proceso espiritual. Enseñar sin orar es como sembrar sin esperar cosecha. Pero cuando se ora con nombres, con lágrimas y con perseverancia, el Señor obra más allá de lo que los ojos pueden ver.

En este tiempo de deconstrucción, relativismo y confusión, lo que los jóvenes más necesitan no es una Iglesia que imite al mundo, sino una generación mayor que viva lo que predica. No necesitan animadores ni entretenedores, sino padres espirituales que los amen lo suficiente como para decirles la verdad aunque les duela. Una verdad dicha con

amor, con humildad y con persistencia tiene el poder de formar creyentes firmes, resistentes y fieles hasta el fin.

Este es el llamado para los creyentes mayores en esta hora: no rendirse ante la indiferencia juvenil, no ceder ante la presión cultural, no adaptar el mensaje, sino vivirlo con profundidad. Cada joven necesita un modelo, y cada generación necesita una herencia viva de fe. Que los mayores no se cansen de sembrar, porque a su tiempo segarán, si no desmayan.

Personalmente visito muchas congregaciones diferentes, y en la mayoría de los ministerios se realiza un trabajo direccionado a los jóvenes. En algunos lugares ese trabajo es más efectivo e impactante que en otros, pero el deseo de todo pastor es la edificación y activación de los jóvenes. Sin embargo, también veo que las liturgias enfocadas en los jóvenes y en los mayores están totalmente diferenciadas.

Rara vez puedo ver a mayores aconsejando a los jóvenes y orando por ellos. De la misma forma, no veo a muchos jóvenes buscando un consejo sabio o una oración de parte de los mayores. La verdad es que, las veces que lo he visto, me he sentido gratamente conmovido y ruego a Dios poder verlo como algo normal.

Elías caminó con Eliseo, compartiendo enseñanzas y milagros. Pablo llevó a Timoteo como su verdadero hijo en la fe, instruyéndolo, corrigiéndolo y animándolo. Jesús, por

su parte, formó un grupo de discípulos que incluía a pescadores rudos, a jóvenes inquietos y a hombres maduros, y los moldeó para llevar el mensaje a todo el mundo. Estos ejemplos nos enseñan que el discipulado no es solo doctrina, sino comunión. No se trata de enseñar información, sino de transmitir vida.

Pero también debemos reconocer los obstáculos, ya que existe una clara desconfianza entre generaciones. Algunos jóvenes ven a los mayores como anticuados y rígidos, mientras que algunos adultos consideran que los jóvenes son inmaduros e irreverentes. El problema se genera de ambas partes, y deseo hacer un llamado a todos, porque el avance del propósito eterno en Cristo, es una Iglesia gloriosa, integrada e intergeneracional. Esto no tiene que ver con el deseo de un simple maestro, sino con el diseño divino.

Las diferencias culturales, tecnológicas y lingüísticas a veces parecen insalvables. Y el individualismo moderno, que promueve la autosuficiencia, dificulta aún más los lazos duraderos. Sin embargo, el Evangelio del Reino nos ofrece una solución: “la humildad”.

Cuando los mayores se acercan con amor y los jóvenes con respeto, se construyen puentes. Cuando ambas generaciones se miran no como amenazas, sino como regalos de Dios, el Reino avanza con poder.

El profeta Malaquías anunció un tiempo donde el corazón de los padres se volvería a los hijos, y el de los hijos

a los padres (**Malaquías 4:6**). Ese es el clamor de Dios para la Iglesia hoy. No podemos permitir que la fe se diluya entre las grietas del tiempo. Debemos heredar algo más que himnarios o costumbres.

Debemos dejar una fe firme, una pasión por Cristo, una resistencia activa frente al mundo. La antorcha está en nuestras manos. No dejemos que se apague por negligencia ni que se caiga por desinterés. Que seamos hallados fieles, no solo en lo que creemos, sino en lo que transmitimos. Porque la Iglesia no es un diseño para mayores, ni un diseño para jóvenes: es un diseño corporativo e intergeneracional.

***“Pues, así como cada uno de nosotros tiene un solo cuerpo con muchos miembros, y no todos estos miembros desempeñan la misma función, también nosotros, siendo muchos, formamos un solo cuerpo en Cristo, y cada miembro está unido a todos los demás”.***

Romanos 12:4 y 5



## Capítulo seis

# **Iglesias saludables Discípulos saludables**

*“Por lo tanto, ustedes ya no son extraños ni extranjeros, sino conciudadanos de los santos y miembros de la familia de Dios, edificados sobre el fundamento de los apóstoles y los profetas, siendo Cristo Jesús mismo la piedra angular.”*

Efesios 2:19 y 20

Para contrarrestar las presiones de una cultura que empuja cada vez más hacia la confusión espiritual, necesitamos discípulos resistentes. Y para formar ese tipo de discípulos, la Iglesia debe ser un ámbito saludable, capaz de levantarse corporativamente como una antorcha encendida, cuya luz trascienda las tinieblas del sistema.

Las iglesias saludables son aquellas que funcionan como escuelas del Reino, hogares espirituales donde los discípulos de Cristo pueden ser formados con convicción, amor y firmeza. La salud espiritual de una iglesia importa porque es en ese contexto donde se gesta el tipo de creyente

que enfrentará la vida: un discípulo maduro y resistente, o un cristiano débil y superficial que no soportará el día malo.

Una iglesia puede ser muy concurrida, contar con grandes recursos y una agenda activa, y sin embargo estar espiritualmente enferma. En cambio, una iglesia saludable puede ser pequeña y sencilla, pero estar llena de vida espiritual, de relaciones profundas y de una pasión ardiente por Cristo y Su Palabra.

La diferencia no la hacen los números ni los recursos, sino la centralidad de Cristo y un liderazgo sano que opere bajo legítima autoridad espiritual. La fidelidad a las Escrituras, bajo una correcta interpretación, la calidad de la comunión entre los hermanos y el compromiso con el magno propósito en Cristo. No podemos olvidar que el Señor no nos llamó a llenar salones de reunión, sino a hacer discípulos hasta lo último de la tierra.

La Gran Comisión no es solo predicar el Evangelio, sino enseñar a los creyentes a obedecer todo lo que el Señor ha mandado; de lo contrario, puede ser evangelio, pero no evangelio del Reino. Esto requiere tiempo, dedicación y profundidad, porque sin revelación no puede haber resultados. Esa revelación se produce cuando conducimos a la gente a la vida del Espíritu antes que a la mera teología.

Cuando Cristo es el centro de una iglesia, todo se ordena. La adoración deja de ser espectáculo y se convierte en entrega reverente; la predicación no busca agradar al oído

humano, sino glorificar a Dios y formar el carácter de Cristo en los oyentes; las decisiones no se toman por popularidad o conveniencia, sino en oración, buscando la voluntad del Señor. En ese ambiente, los creyentes son continuamente llamados a mirar a Jesús, a rendirse a Él y a vivir para Él.

Además, una iglesia saludable se aferra a la Palabra viva, no a la letra muerta. La Biblia no es un simple libro, ni una herramienta ocasional, ni un accesorio decorativo, sino el fundamento de todo. Pero sin unción no hay luz, solo conocimiento. Un liderazgo espiritual procurará impartición verdadera, no control; enseñará con profundidad, buscando la manifestación de la verdad.

Un liderazgo sano no negociará su sana doctrina, consciente de que el pueblo de Dios se fortalece por la Palabra y que sin ella el alma se debilita y se extravía. Esto implica cuidar que la Palabra no se diluya bajo conceptos humanistas que busquen complacer a la audiencia, ni permitir la infección religiosa o legalista.

Otra marca de una iglesia que produce discípulos resistentes es su compromiso con el desarrollo de la vida de Cristo en los hermanos. El objetivo no es solo que alguien se convierta, porque eso le corresponde a Dios, sino formar para que los renacidos crezcan sanos. Esto implica enseñar, acompañar, corregir, afirmar y desafiar a la fe.

El discipulado no ocurre por accidente, sino por decisión. Una iglesia comprometida con formar discípulos

busca modelos bíblicos, promueve la comunión y el compromiso, y crea espacios donde se aprende a vivir la fe con coherencia. En una comunidad sana no hay lugar para el individualismo ni para la pasividad espiritual.

En una congregación sana, todos están llamados a crecer, servir y avanzar hacia la madurez. Las relaciones dentro de la iglesia no son un fin, sino un medio para cultivar una comunión verdadera entre los santos. Esa comunión se edifica en confianza, con corrección mutua, estímulo y cuidado. Los hijos de Dios no caminan solos; entre nosotros debe haber exhortación, restauración con gracia, rendición de cuentas, compañerismo y celebración de los progresos. Por supuesto, también debemos cultivar el gozo del Espíritu, que es la fortaleza para avanzar en medio de pruebas y dolor, pero todo debemos hacerlo en comunión con el cuerpo.

Una iglesia saludable debe vivir para el propósito divino, no para cumplir metas institucionales. No está encerrada en sí misma ni preocupada solo por su propia comodidad o progreso. Tiene un corazón ardiente por los perdidos, por la ciudad, por las naciones, y sobre todo por la perfecta voluntad de Dios.

Sabe que fue llamada a ser luz del mundo y sal de la tierra, y por eso forma discípulos dispuestos a vivir su fe en lo cotidiano: en el trabajo, en la familia, en el vecindario, en la sociedad. No se conforma con creyentes que solo conocen la verdad, sino que los impulsa a vivirla, proclamarla y llevarla con pasión a los demás.

Cuando una iglesia camina en salud, puede tener estructuras organizadas y planes claros, pero lo más importante es la unción del Espíritu Santo. Es una iglesia ordenada, pero que discipula con la firmeza que da la unción. Cultiva ambientes de fe, oración y adoración verdadera, y procura que en toda actividad se respire la presencia de Dios.

Los líderes de una iglesia saludable son fundamentales, porque deben ser ejemplo vivo, no solo capaces de enseñar, sino comprometidos a vivir lo que predicán. La enseñanza debe ser constante, sólida y práctica. Líderes que llamen a la obediencia, que reprendan con amor, que exhorten con paciencia, pero que no pasen por alto el pecado. En ese ambiente, los creyentes aprenden a resistir las corrientes del error, a mantenerse firmes en las pruebas y a vivir con convicciones sostenibles ante un mundo sin convicción.

Muchas veces, lo que impide el desarrollo de discípulos saludables es precisamente la enfermedad espiritual de la iglesia. Donde falta sana doctrina, el pueblo es manipulado emocionalmente, pero no transformado. Donde se busca entretener más que formar discípulos comprometidos, el cristianismo se vuelve una experiencia superficial de domingo. Donde se tolera el pecado, se pierde la santidad. Donde hay divisiones, críticas y carnalidad no puede haber crecimiento sostenido. Donde el Espíritu Santo es contristado por constantes conflictos emocionales no puede haber un gobierno de Dios efectivo.

Es donde se cede a la cultura en lugar de confrontarla con la verdad, donde se pierde el poder espiritual y la verdadera identidad en Cristo. Es donde abundan actividades para entretener, pero pocas para formar. Por eso, si queremos edificar discípulos resistentes, necesitamos iglesias espiritualmente sanas y fuertes.

Cultivar una iglesia saludable hoy no es imposible, porque el Señor mismo lo está demandando. No hay fórmulas mágicas, y no pretendo ofrecer un método novedoso. Solo puedo, como maestro, aconsejar volver a la fuente de la simpleza y la entrega total. Primero, toda la plataforma de liderazgo debe procurar la unción y la dependencia total del Espíritu Santo, y entonces sí, veremos el fluir y la efectividad divina.

Tal vez algunos piensen que su congregación está funcionando perfectamente porque el ambiente es agradable, y me alegro por eso. No sugiero que toda la Iglesia esté enferma; sería un disparate. Sin duda hay congregaciones extraordinarias que están formando discípulos de Reino. Solo intento ayudar a quienes saben que deben recuperar algo perdido con el tiempo, presentando una verdad espiritual para que muchos procuren caminar hacia ella.

No soy un crítico de la Iglesia, solo un servidor. Enfocarme en las falencias es resultado del amor y respeto que siento por ella. Como un doctor que se centra en la enfermedad para ayudar a sanar, mi intención es impulsar a las iglesias a recuperar su vigor y esencia espiritual.

Si es necesario, debemos restaurar el ámbito espiritual, volver a predicar la cruz y la nueva vida. Buscar la llenura del Espíritu y practicar absoluta dependencia de Él en todo. Priorizar la Palabra sobre la opinión humana.

Se debe invertir tiempo en formar vidas, no solo en atraer multitudes. Para ello, es necesario levantar líderes con carácter, fomentar relaciones profundas y clamar por un mover de Dios que sane, restaure y renueve la vida de la Iglesia.

Tener una iglesia sana es una bendición para nuestra generación. No necesitamos que sea grande, pero sí que sea fiel a los diseños divinos. Los discípulos pueden no ser famosos, pero deben ser resistentes. Solo esta clase de discípulos será luz en medio de la oscuridad, sal en medio de la corrupción, y columna de verdad en tiempos de confusión.

Las iglesias saludables producirán discípulos saludables, y esos discípulos son la respuesta de Dios para un mundo quebrantado. Ruego a Dios que cada comunidad de fe se levante con esa visión: formar hombres y mujeres de Dios, resistentes, valientes, llenos de la Palabra y del Espíritu, para la gloria de Jesucristo y la expansión de Su Reino en la tierra.

No podemos permitir que la debilidad espiritual nos venza ni que la superficialidad se convierta en norma. Formar discípulos resistentes es un mandato divino y una urgencia para nuestra generación.

Amados consiervos, los animo a que, como líderes, como hermanos o hermanas en la fe, nos comprometamos a trabajar por la salud espiritual de la Iglesia. Que el amor por Cristo y por Su pueblo nos impulse a buscar la unción del Espíritu Santo, a cuidar la sana doctrina, a fomentar relaciones profundas y a vivir una fe que trascienda los muros del templo.

Recordemos que el Señor no nos llamó para ser meros espectadores, sino guerreros de la verdad, arquitectos de vidas firmes y valientes. Que nuestra oración sea constante: *“Señor, sana Tu iglesia, fortalece a Tus discípulos, y haznos instrumentos fieles para llevar Tu Reino a toda la tierra.”*

Solo así veremos una generación de creyentes firmes, capaces de sostener la fe en tiempos difíciles y de transformar el mundo con el poder del Evangelio.

***“...Cristo amó a la iglesia y dio su vida por ella. Lo hizo para hacerla sólo suya, limpiándola por medio de su mensaje y del bautismo. Cristo quiso regalarse a sí mismo una iglesia gloriosa, apartada del mal y perfecta, como un vestido sin una sola arruga ni una sola mancha, ni nada parecido”.***

Efesios 5:25 al 27 BLS



## Capítulo siete

# Resistencia bajo Gobierno Divino

*“Por lo tanto, hermanos, esfuércense más todavía por asegurarse del llamado de Dios, que fue quien los eligió. Si hacen estas cosas, no caerán jamás, y se les abrirán de par en par las puertas del reino eterno de nuestro Señor y Salvador Jesucristo”.*

2 Pedro 1:10 y 11

Jesús vivió y ministró en un tiempo marcado por profundas tensiones sociales, políticas y religiosas. No apareció en escena durante una época de tranquilidad espiritual, sino en un tiempo de gran hostilidad; por eso puede ser nuestro mayor y mejor ejemplo.

El dominio opresivo de Roma, la religiosidad superficial de los fariseos, la desesperanza del pueblo judío y la confusión ideológica traída por la influencia helénica, formaban un ambiente desafiante para todo aquel que deseara vivir conforme a la voluntad de Dios.

Fue precisamente en ese contexto donde el Hijo de Dios se encarnó en Jesús para establecer el Reino, no desde un lugar de retirada o aislamiento, sino enfrentando una cultura hostil y adversa para los judíos, con una identidad firme, una verdad clara y una obediencia perfecta al Padre. Su vida no solo fue una obra redentora, sino también un modelo de resistencia espiritual y de discipulado eficaz frente a un mundo en abierta oposición a la verdad.

En su presciencia, el Padre sabe lo que hace, y no buscó un tiempo para la manifestación de Cristo en los días más cómodos, porque la prioridad era el cumplimiento del propósito y, sin duda, la hostilidad del sistema era un buen caldo de cultivo para consumarlo de manera efectiva.

El contraste de toda pintura es clave, porque determina los colores a utilizar y la posibilidad de exaltación para la obra. La hostilidad social y cultural en los días de Jesucristo fue clave para que Él brillara de manera sin igual. De la misma forma, debemos entender que las tinieblas de este siglo, no solo están anunciadas proféticamente, sino que pueden ser el contraste para que una Iglesia gloriosa se manifieste con poder.

Jesús nunca se dejó arrastrar por la confusión cultural que lo rodeaba. Desde el inicio de su ministerio, dejó en claro que sabía quién era y para qué había venido. Su identidad como el Hijo eterno del Padre celestial, no dependía de la aprobación de las multitudes, ni del reconocimiento religioso de los líderes judíos, ni de la validación de su familia.

En múltiples ocasiones afirmó con absoluta certeza que procedía del Padre y que a Él volvería, así como también aclaró más de una vez que había nacido solo para hacer Su voluntad. Esa seguridad lo preservó de las presiones de su tiempo, incluso cuando intentaron hacerlo rey por la fuerza o cuando lo acusaron de blasfemo por decir la verdad sobre sí mismo.

En una época donde muchos buscan definirse por su entorno, sus emociones o las etiquetas culturales, Jesús nos muestra que el discípulo debe estar cimentado en la identidad que el Padre le ha otorgado. La resistencia comienza en el corazón que sabe quién es en Dios y que no necesita conformarse a este siglo, porque ha sido transformado por la renovación de su entendimiento.

A diferencia de los líderes religiosos de su época, que decían lo que el pueblo quería oír para mantener su estatus, Jesús habló la verdad sin rebajarla, y lo hizo con profundo amor, pero con implacable firmeza. Sus palabras fueron confrontativas, sí, pero nunca crueles; fueron duras, pero ciertamente ungidas.

Jesús supo reprender con firmeza a los hipócritas y consolar con ternura a los quebrantados. No ajustó Su mensaje para ganar popularidad, ni suavizó las exigencias del Reino para no escandalizar. No temía que lo rechazaran, porque su misión no era agradar a los hombres, sino hacer la voluntad del Padre.

Sus palabras eran como fuego que quemaba la mentira, pero también como agua viva que saciaba al sediento. Hoy, en un tiempo donde la verdad ha sido relativizada y muchos prefieren el silencio para evitar el conflicto, necesitamos formar discípulos que hablen con la misma claridad bíblica y la misma compasión de Cristo. Resistir culturalmente no es gritar más fuerte, sino hablar con fidelidad y amor, tal como lo hizo Jesús.

Otra enseñanza poderosa de su ejemplo, fue su estrategia para formar discípulos. Jesús no buscó métodos grandiosos ni campañas masivas como eje central de su ministerio, aunque las multitudes lo seguían por sus señales. Su enfoque principal fue intencional y no simplemente relacional; Él sabía distinguir claramente la diferencia entre el propósito y los intereses naturales.

Escogió a doce hombres comunes, los llamó, los formó y caminó con ellos. Les enseñó no solo con palabras, sino con su vida. Les mostró cómo orar, cómo confiar en el Padre, cómo servir a los más pequeños, cómo perdonar, cómo resistir la tentación, cómo sufrir y cómo entregar la vida. Su método fue lento, pero ciertamente profundo, porque al final, cuando recibieron la vida del Espíritu, surgió la esencia que Jesús había sembrado.

Mientras la cultura medía el éxito por la influencia visible, Jesús apostó por la transformación silenciosa del corazón. Él sabía que esos pocos, formados correctamente, serían los que transformarían al mundo. Y así fue. Siempre

criticamos la traición y el abandono de los discípulos, pero eso era lógico; todo fue diferente después de recibir la regeneración.

En nuestra época de inmediatez, activismo y superficialidad, el modelo de Jesús sigue vigente. Hacer discípulos que se parezcan a Cristo y no a la cultura es clave, pero esto solo puede lograrse con vida espiritual, no por medio del voluntarismo humano. La madurez espiritual requiere tiempo, entrega y paciencia, pero es el único camino para una Iglesia resistente y fructífera.

Frente a una cultura que buscaba doblegarlo, Jesús permaneció obediente hasta el fin. Las tentaciones que enfrentó no fueron menores: desde el desierto hasta Getsemaní, fue probado en todo. La posibilidad de evitar la cruz estuvo humanamente presente, pero nunca fue algo que llegó a considerar seriamente en Su corazón. De hecho, Él dijo: ***“Yo, el Hijo del hombre, lo hago así. No vine a este mundo para que me sirvan, sino para servir a los demás. Vine para dar mi vida por la salvación de muchos”*** (Mateo 20:28 TLA).

La cultura ofrecía caminos más fáciles, más populares, más aceptables. Pero Jesús eligió el camino de la cruz. No cedió ante la presión religiosa ni ante la burla de los gobernantes. Su fidelidad fue inquebrantable porque su obediencia no dependía de las circunstancias, sino del amor al Padre.

En Su agonía, prefirió sufrir antes que desobedecer. Y así enseñó a sus discípulos, no solo con palabras, sino con Su ejemplo, que el verdadero discípulo resiste, aunque eso le cueste todo. En una generación que huye del dolor y evita el compromiso, necesitamos levantar creyentes que amen la voluntad de Dios por encima de su propia comodidad. El discipulado resistente no se basa en emociones, sino en convicciones profundas que se prueban en la dificultad.

Finalmente, Jesús no ocultó las consecuencias de seguirlo. No prometió una vida fácil ni un mundo favorable. Dijo con claridad que serían enviados como ovejas en medio de lobos (**Mateo 10:16**). Sin embargo, esa advertencia no fue para infundir miedo, sino para fortalecerlos en la fe. Él prometió Su presencia, Su cuidado y Su Espíritu, no solo para sus apóstoles, sino también para todos los que le sigamos con fidelidad.

Jesús preparó a sus discípulos para ser perseguidos, pero también para ser llenos de Su gozo (**Juan 15:11**). No les enseñó a huir del mundo, sino a enfrentarlo con valentía y mansedumbre. Les dio una misión: ser luz en las tinieblas, sal en la tierra, testigos fieles hasta los confines del mundo (**Mateo 5:13 al 16**).

Hoy en día, cuando muchos cristianos enfrentan rechazo, burla o presión para conformarse, el ejemplo de Jesús vuelve a recordarnos que la Iglesia no fue llamada a ser aceptada, sino a ser fiel. Formar discípulos resistentes es prepararlos para vivir en un mundo que no los comprenderá,

pero que necesita desesperadamente ver a Cristo reflejado en sus vidas, sea para aceptación o rechazo. La Iglesia no puede pasar desapercibida, al igual que no lo hizo Jesús.

Jesús es más que nuestro Salvador. Es nuestro modelo perfecto. Su forma de enfrentar la cultura hostil no fue con odio, ni con aislamiento, ni con desesperación. Fue con verdad, con gracia, con una identidad inquebrantable y una misión clara.

En un mundo muy diferente, pero cada vez más parecido al suyo, en cuanto a la hostilidad, el ejemplo de Jesús no solo nos inspira, sino que nos llama a la pasión. Debemos volvernos al modelo de Jesús, porque Él fue resistente. Formemos discípulos como Él. Y confiemos en que, así como el mundo fue trastornado por aquellos primeros discípulos formados en la resistencia del Reino, también hoy veremos fruto si seguimos ese camino.

***“Buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas”***

Mateo 6:33

Los discípulos de Cristo estamos llamados no solo a sobrevivir, sino a resistir, influir y transformar. No enfrentamos simplemente estructuras visibles como gobiernos, mercados o instituciones; enfrentamos un sistema invisible que moldea mentalidades, impone valores y sutilmente intenta conformar nuestras vidas a su molde.

Este sistema, descrito por la Escritura como el “mundo”, no es neutral. Está dirigido por una lógica caída, por una cosmovisión centrada en el hombre, por intereses guiados por el egoísmo, la avaricia y el orgullo. La Palabra de Dios afirma que todo el mundo yace bajo el maligno, pero también declara que el Reino de Dios ha irrumpido con poder a través de Jesucristo y que sus ciudadanos viven bajo una autoridad superior.

Tener una mentalidad de Reino no es adoptar una ideología, sino vivir bajo la influencia del Rey. Es tener la convicción de que Cristo reina ahora, y que cada área de nuestra vida debe someterse a su señorío. No se trata solamente de asistir a la iglesia o hacer actos religiosos; se trata de pensar como Él piensa, hablar como Él hablaría, decidir como Él decidiría, vivir como Él vivió.

Cuando hablamos de enfrentar el sistema con una mentalidad de Reino, no nos referimos a tomar posturas políticas ni a involucrarnos en guerras humanas. Nos referimos a la batalla espiritual diaria que libra todo creyente al elegir entre agradar a Dios o agradar al mundo, al caminar en santidad o ceder a la corrupción, al decir la verdad cuando es más fácil callar, al sostener principios eternos en medio de culturas que cambian cada día.

Jesús, nuestro modelo perfecto, no fue indiferente al sistema, pero tampoco lo abordó como lo hacen los hombres. Él no lideró revueltas ni construyó alianzas con poderes humanos. En cambio, trajo el Reino.

Su sola presencia confrontaba el pecado, desenmascaraba la hipocresía y sacudía las estructuras de opresión. Se negó a ceder a las tentaciones del poder cuando fue llevado al desierto. Se negó a guardar silencio frente a la religiosidad muerta de los fariseos. Se negó a endurecer su corazón frente a los pobres, los marginados, los pecadores. Y en cada paso, manifestó el Reino.

Jesús mostró que hay una manera diferente de vivir. Que no se necesita poseer poder humano para ejercer influencia divina. Que se puede amar sin negociar la verdad. Que se puede servir sin perder autoridad. Que se puede morir, y aun así, vencer.

Los discípulos que desean resistir al sistema, no pueden hacerlo con sus propias fuerzas. Necesitan una renovación de entendimiento, una transformación interior que comience en el pensamiento y se exprese en la conducta. Esta renovación no es instantánea; es un proceso continuo donde la Palabra va formando en nosotros la mente de Cristo.

Esa mentalidad nos hace vivir con los pies en la tierra, pero con el corazón en el cielo. Nos permite trabajar en medio del sistema sin contaminarse con él. Nos capacita para discernir entre lo correcto y lo aceptado, entre lo popular y lo santo, y nos hace únicos y especiales ciudadanos del Reino, discípulos de Jesucristo.

Los creyentes que vivimos con mentalidad de Reino no nos conformamos al pensamiento del sistema. No

aceptamos el molde que este siglo procura imponer. No claudicamos rendidos a la presión de ser iguales a todos. Más bien, brillamos como luz, actuamos como sal, hablamos como embajadores.

Sabemos de nuestra autoridad espiritual, que no estamos desamparados, que el Espíritu de Dios está en nosotros para sostenernos en toda batalla espiritual. No respondemos con violencia, sino con verdad. No buscamos venganza, sino justicia. No vivimos por conveniencia, sino por convicción.

Los discípulos con mentalidad de Reino no nos escondemos. No huimos del mundo ni nos encerramos en una burbuja espiritual. Entendemos que hemos sido enviados con propósito. Que nuestra presencia en la sociedad es parte del plan de Dios. Que nuestro trabajo, nuestra familia, nuestras decisiones diarias son lugares donde el Reino puede manifestarse.

Sabemos que cada conversación, cada acto de compasión, cada resistencia al mal es una semilla plantada en terreno hostil, pero con promesa de cosecha. No nos dejamos engañar por el brillo del sistema. No admiramos lo que el mundo llama éxito. Valoramos la fidelidad más que la fama, preferimos perder con integridad que ganar con trampa. Porque sabemos que nuestra recompensa no viene de los hombres, sino del Rey a quien servimos.

El sistema será confrontado por una generación de creyentes que viva con esta perspectiva. No se trata de hacer más ruido, sino de tener más raíz. No se trata de parecer fuertes, sino de ser verdaderamente espirituales y resistentes. No de conquistar desde fuera, sino de vivir transformados desde dentro.

Debemos ser como Daniel en Babilonia, que sirvió en la corte del imperio pero nunca se inclinó ante sus ídolos. Como José en Egipto, que administró con sabiduría pero no renunció a su identidad. Como Esther en Persia, que usó su posición para salvar a su pueblo sin perder su temor a Dios. Todos ellos enfrentaron el sistema, no desde el resentimiento, sino desde la fidelidad. No para destruir, sino para redimir. Así debemos ser, y así debemos discipular a nuestra gente.

El llamado de hoy es claro: la Iglesia no debe adaptarse para agradar, sino distinguirse para testificar. No debe esconder la verdad por miedo al rechazo, sino proclamarla con amor y firmeza. El Reino de Dios no necesita ser modernizado, solo necesita ser vivido con autenticidad. En medio de un mundo que cambia, el Reino permanece. En medio de sistemas que caen, el Reino avanza. Y aquellos que lo viven, aunque parezcan pocos, débiles o insignificantes, están participando de una obra eterna.

Pronto llegará el día en que los reinos de este mundo caerán rendidos ante el Reino de Dios. Mientras tanto, seguimos caminando con la mente firme, el corazón encendido y los ojos puestos en el Rey. Resistimos, no con

amargura, sino con esperanza. Confrontamos, no con odio, sino con justicia. Vivimos, no para agradar a este siglo, sino para reflejar el Reino que no puede ser conmovido. Y así, como discípulos fieles, enfrentamos el sistema, no para ser reconocidos por él, sino para ser hallados fieles por Aquel que nos envió.

***“Por tanto, mis amados hermanos, estad firmes, no os mováis, dando siempre lugar a vuestro Señor, porque la recompensa de vuestro trabajo no es vana en el Señor”.***

1 Corintios 15:58

***“Pero que resistáis firmes en la fe, sabiendo que los mismos sufrimientos que los hermanos que están en el mundo están soportando.”***

1 Pedro 5:9

***“Así que no perdáis la confianza, porque esta será grandemente recompensada. Pero vosotros no sois de los que se retiran para perecer, sino de los que creen para la preservación de la vida.”***

Hebreos 10:35-39

***“En esto consiste la perseverancia de los santos, los cuales obedecen los mandamientos de Dios y se mantienen fieles a Jesús.”***

Apocalipsis 14:12



## Capítulo ocho

# La resistencia del Nuevo Hombre

*“Así también está escrito: Fue hecho el primer hombre Adán alma viviente; el postrer Adán, espíritu vivificante. Mas lo espiritual no es primero, sino lo animal; luego lo espiritual. El primer hombre es de la tierra, terrenal; el segundo hombre, que es el Señor, es del cielo. Cual el terrenal, tales también los terrenales; y cual el celestial, tales también los celestiales. Y así como hemos traído la imagen del terrenal, traeremos también la imagen del celestial”.*

1 Corintios 15:45 al 49

Actualmente, en la tierra hay un poco más de ocho mil millones de personas; sin embargo, el panorama global del Nuevo Pacto, bíblicamente, está expresado a través de dos hombres: Adán y Cristo. La vieja naturaleza y la nueva naturaleza; lo terrenal y lo celestial; el alma viviente y el espíritu vivificante; el hombre de pecado y el Santo; el condenado y el Eterno; el esclavo y el Rey de reyes.

El primer hombre es Adán, y por supuesto, incluye a Eva, porque ambos son uno (**Génesis 5:1 y 2**). El segundo hombre es Cristo, y en Él se incluye la Iglesia, porque también son uno y el mismo (**Efesios 5:30, 32**). Sea que creamos o no en el evangelio, ningún ser humano puede estar fuera de estas dos naturalezas. Siempre estaremos en una o en otra, porque, según Dios, no existe una tercera opción: estamos en Adán o estamos en Cristo.

Quien no ha recibido la Gracia permanecerá en Adán y manifestará su naturaleza pecaminosa. Quien ha recibido la Gracia permanecerá en Cristo y manifestará su santa naturaleza. La vida sin Cristo es la expresión de la vieja naturaleza; la vida con Cristo es la expresión del Nuevo Hombre. Por tanto, el Nuevo Hombre no debe entenderse como un simple cristiano redimido, sino como la expresión plena de todos los renacidos, viviendo con verdadera unicidad espiritual.

La Biblia nos enseña que Dios hizo a Adán a semejanza de Cristo y que fue el primer hombre con vida. Cristo es eterno y preexistente, pero un día se encarnó como el segundo Adán. El primero pecó y perdió su posición y propósito. El segundo vino para recuperar todo lo que el primero había perdido.

El primero perdió su vida espiritual, porque al pecar perdió la comunión con Dios y fue alcanzado por la muerte. El segundo, en cambio, es espíritu vivificante; mantuvo la

comuni3n con el Padre por su perfecta obediencia y, aunque sufri3 la muerte, no pudo ser retenido y resucit3 al tercer d3a.

Los seres humanos que viven en Ad3n no pueden tener comuni3n con Dios, viven en pecado, han perdido su prop3sito y est3n condenados a muerte eterna. Los que vivimos en Cristo disfrutamos de una hermosa comuni3n con el Padre, vivimos en santidad, tenemos prop3sito y hemos sido liberados para vida eterna. Por eso es indispensable que se nos revele, no solo la obra integral de Cristo, sino tambi3n la uni3n com3n que debemos expresar todos los cristianos. Si en verdad queremos formar disc3pulos resistentes, debemos instruirlos bajo la revelaci3n del Nuevo Hombre.

El primer hombre fue hecho del polvo de la tierra; el segundo hombre vino del cielo. Todos los que vivimos en esta tierra tenemos un cuerpo como el de Ad3n, hecho de tierra, pero a la vez, todos los que vivimos en Cristo podemos expresarlo espiritualmente, y al final, recibiremos un cuerpo celestial y eterno como el de Su resurrecci3n.

Todos los seres humanos nacimos en Ad3n y est3bamos condenados; pero cuando nos alcanz3 la Gracia del Se3or, comprendimos que el cumplimiento de la condena fue sobre Jesucristo. Recibimos nueva vida en 3l. Ese es el milagro de la regeneraci3n, que en griego se escribe "*Palinginēseō*". Este glorioso acto es nacer de nuevo. Alguien que no ha recibido vida espiritual puede asistir a la iglesia o decir que cree, pero no puede ser un disc3pulo del Reino.

*“Pero cuando se manifestó la bondad de Dios nuestro Salvador, y su amor para con los hombres, nos salvó, no por obras de justicia que nosotros hubiéramos hecho, sino por su misericordia, por el lavamiento de la regeneración y por la renovación en el Espíritu Santo, el cual derramó en nosotros abundantemente por Jesucristo nuestro Salvador, para que, justificados por su gracia, viniésemos a ser herederos conforme a la esperanza de la vida eterna.”*

Tito 3:4 al 7

La regeneración fue un suceso, no un proceso; es nacer de agua y del Espíritu (**Juan 3:3 al 6**). La regeneración se produce por dos razones fundamentales: primero, Dios necesita recrear nuestro espíritu humano porque nuestra vida fue corrompida por el pecado, y perdimos la esencia espiritual que permite comunión con Él, que es Espíritu (**Juan 4:24**).

En segundo lugar, la regeneración permite que Dios mismo se imparta como vida en nosotros (**Juan 1:13**). Nacemos en Él y obtenemos Su semejanza. Somos hijos y podemos expresarlo, dando frutos espirituales (**Gálatas 5:22**), alcanzando además la plenitud de vida:

*“Porque en él habita corporalmente toda la plenitud de la Deidad, y vosotros estáis completos en él, que es la cabeza de todo principado y potestad.”*

Colosenses 2:9 y 10

Las leyes contenidas en cualquier clase de vida provocan un conocimiento espontáneo de cómo vivir. No me refiero al desarrollo intelectual o cultural, sino a la dinámica misma de la vida. Es decir, cuando un niño nace, simplemente respira, se expresa para solicitar alimento, mira, palpa y se desarrolla naturalmente. De la misma manera, cuando nacemos en Dios, no comenzamos a expresar la vida espiritual por hacer un curso de teología, sino porque hay una vida nueva que se expresa de forma natural.

Creo que es clave comprender esto: los frutos se producen por naturaleza, no por enseñanza. No se le puede enseñar a un limonero a producir limones, ni a una gallina a poner huevos. Todas las especies, sin excepción, dan fruto por su dinámica de vida, no por instrucciones externas. De igual manera, los hijos de Dios debemos dar frutos por la vida del Espíritu que mora en nosotros, no simplemente por un orden pastoral o un mandamiento externo.

Formar discípulos resistentes no puede ser el resultado de simples enseñanzas. Las enseñanzas son fundamentales, pero deben ser impartidas a la vida espiritual, no solo al intelecto. Dios no busca un mero acuerdo mental con nosotros, sino que anhela una madurez espiritual en Cristo que se traduzca en una vida plena y en la manifestación de Su Reino.

El discipulado y la instrucción tienen como propósito el perfeccionamiento de los santos (**Efesios 4:12**). No se trata de crear hijos de Dios, porque ya lo somos, sino de llevarlos

a la madurez y al cumplimiento de su llamado. La vida del Espíritu en nosotros nos capacita para vivir en victoria y para manifestar el poder de Dios en toda circunstancia.

La vida del Espíritu nos conecta con la mente del Nuevo Hombre, llevando toda razón a la sujeción de la verdad divina. La renovación de nuestro entendimiento confirma cuál es el verdadero alcance del Nuevo Pacto. No es un acuerdo intelectual, ni una fuerza de voluntad humana, sino la vida de Cristo operando en nosotros, la que produce discípulos resistentes.

Cuando el liderazgo espiritual imparte estas verdades con unción y fidelidad, la iglesia se transforma. Los santos comienzan a manifestarse como embajadores del Reino, agentes de reforma en la sociedad. Por eso, la impartición espiritual es crucial; sin unción, la enseñanza queda reducida a mera instrucción, carente de la revelación que los discípulos necesitan para crecer.

La realidad espiritual, como verdad absoluta, no depende de estructuras institucionales ni de fórmulas religiosas. La Iglesia es un organismo vivo, no una organización. La expresión del Nuevo Hombre no se produce por doctrina teológica, sino por verdad revelada. El mundo no necesita una religión llamada cristianismo; necesita un Reino manifestado por gente espiritual y sabia.

Un discipulado que resiste comprende la vida de Dios en nosotros, el poder de Su naturaleza y Su esencia revelada

en la verdad. Si la Iglesia logra entender estas tres verdades fundamentales, podrá expresar al Nuevo Hombre espiritual, el único capaz de portar esperanza y resistir hasta la gloriosa venida de Cristo.

***“Por tanto, teniendo un gran sumo sacerdote que traspasó los cielos, Jesús el Hijo de Dios, retengamos nuestra profesión.”***

Hebreos 4:14

Es fundamental entender por qué Jesús es llamado nuestro Sumo Sacerdote. Este título revela la base de nuestra vida espiritual y resistencia. No podemos ser verdaderamente espirituales ni resistentes si no permanecemos en una profunda comunión con Dios.

No podemos expresar al Nuevo Hombre eficazmente sin la revelación del sacerdocio y la comunión que tenemos con el Padre. Adán, a causa del pecado, perdió esa comunión y con ella su capacidad de reflejar a Dios plenamente. Aunque fue creado a imagen y semejanza de Dios, el pecado cambió todo. En Cristo, en cambio, tenemos comunión plena con el Padre, garantizada y sostenida por Él mismo.

Muchos en el mundo dicen creer en Dios y oran a su manera, pero si no han recibido la gracia regeneradora, no conocen verdaderamente a Dios. Y la Escritura nos dice que Dios no escucha la oración de los pecadores (**Juan 9:31**). Pero nosotros, que estamos en Cristo, gozamos de comunión con Dios, somos uno con Él y tenemos acceso al Padre. No

solo tenemos un Sumo Sacerdote, sino que también somos sacerdotes para Dios Padre (**Apocalipsis 1:5 y 6**).

Sinceramente, los hijos de Dios debemos elevarnos a una dimensión de compromiso total y unidad absoluta para expresar al Nuevo Hombre, que esta creación necesita desesperadamente. El sacerdocio del Nuevo Pacto es un privilegio y un alcance fundamental que debemos vivir como adoradores, con acceso pleno a Su presencia gloriosa. Sin esta valoración profunda, la iglesia puede practicar una religión, pero jamás mostrará la unción y el poder que el mundo necesita ver.

El libro de Apocalipsis, nos revela con claridad que Jesucristo es el Rey de reyes y que volverá a la tierra para manifestar Su Reino de manera física y visible. Cristo vendrá por segunda vez para establecerse como Gobernante soberano del Reino de Dios en la tierra. Pero mientras esperamos ese glorioso regreso, nosotros, que somos Su cuerpo en la expresión espiritual, debemos manifestar ese Reino desde nuestra esencia de vida. No podemos hacerlo eficazmente si no nos situamos firmemente en Él. No puede haber discípulos efectivos si no enseñamos a nuestros hermanos a posicionarse en el Nuevo Hombre.

La conciencia espiritual es clave para que esa vida se manifieste. No podemos expresar lo que no creemos. Entonces, ¿dónde está la autoridad del gobierno espiritual de la Iglesia si el Reino no se manifiesta en nosotros? Debemos tener muy claro: ya tenemos Rey, ya vivimos en Su Reino, y

aunque por ahora veamos en parte, como en un espejo, la plenitud llegará cuando el Rey de gloria se manifieste. Mientras tanto, nuestra tarea es vivir y manifestar el gobierno y el poder del Nuevo Hombre. Eso es el corazón del Nuevo Pacto.

Por último, es absolutamente fundamental para formar discípulos resistentes que enseñemos claramente sobre “la unicidad del cuerpo de Cristo”, porque esa unidad es la verdadera expresión del Nuevo Hombre.

***“Mas no ruego solamente por éstos, sino también por los que han de creer en mí por la palabra de ellos, para que todos sean uno; como tú, oh Padre, en mí, y yo en ti, que también ellos sean uno en nosotros; para que el mundo crea que tú me enviaste. La gloria que me diste, yo les he dado, para que sean uno, así como nosotros somos uno. Yo en ellos, y tú en mí, para que sean perfectos en unidad, para que el mundo conozca que tú me enviaste, y que los has amado a ellos como también a mí me has amado...”***

Juan 17:20 al 23

Estas palabras fueron expresadas por Jesús en los días de Su carne, antes de la cruz. Si queremos ser discípulos resistentes y formar a otros así, debemos procurar que estas palabras trasciendan la letra y se conviertan en vida. La verdadera resistencia espiritual nace de la revelación de la unidad. Dios no busca formar héroes espirituales aislados, sino ejércitos de hijos que juntos luchen y se fortalezcan en la unidad de la fe.

Tenemos las mismas posibilidades que tuvo Jesús, siempre que estemos dispuestos a sacrificarnos para manifestar un solo y Nuevo Hombre. El apóstol Pablo lo expresa claramente: *“Por quien recibimos la gracia y el apostolado, para la obediencia a la fe en todas las naciones por amor de su nombre.”* (Romanos 1:5). Si realmente amamos a Cristo, debemos dejar de lado toda diferencia personal y vivir en plena comunión espiritual.

Lamentablemente, vemos cada vez más desacuerdos y controversias entre líderes de distintas denominaciones. Muchos no quieren ceder ni doblegarse. Hablan de amor y citan **1 Corintios 13**, pero basta una diferencia doctrinal, incluso mínima, para que alguien sea tildado de falso o peligroso. La competencia por éxito, número de miembros, finanzas o logros ministeriales ha causado divisiones dolorosas. Esto impide la unidad de la Iglesia y abrirá paso a un quebranto de la vieja naturaleza que lucha por roles que Dios nunca asignó.

El amor, según Pablo, no tiene envidia, no es jactancioso, no busca lo suyo, no se irrita ni hace nada indebido (**1 Corintios 13:4 y 5**). Si no nos sometemos al Espíritu Santo, si seguimos buscando lo propio, irritándonos y jactándonos, no podremos manifestar al Nuevo Hombre, Cristo en nosotros, la única esperanza de gloria. Vivir el Reino no nos deja opción a reclamar por puntos de vista personales.

Estamos en los tiempos finales y es urgente extremar nuestro compromiso, entrega y amor sin reservas. Si alguien me preguntara qué es lo más importante para alcanzar la plenitud, sin dudar diría nuevamente: “humildad” (**Mateo 11:29**). La humildad es la raíz de toda virtud. Un pueblo humilde es un pueblo bajo gobierno; un pueblo bajo el gobierno del Señor es un pueblo resistente, con autoridad y poder espiritual. No podemos cultivar discípulos resistentes, si no obramos “todos” con humildad.

*“En cuanto a la pasada manera de vivir, despojaos del viejo hombre, que está viciado conforme a los deseos engañosos, y renovaos en el espíritu de vuestra mente, y vestíos del nuevo hombre, creado según Dios en la justicia y santidad de la verdad. Por lo cual, desechando la mentira, hablad verdad cada uno con su prójimo; porque somos miembros los unos de los otros”.*

Efesios 4:22 al 25



# Conclusión final

En este libro he tratado de expresar la carga de mi corazón como maestro. Como mencioné en reiteradas ocasiones, vivimos tiempos de sacudimiento, donde los fundamentos de la fe cristiana están siendo constantemente puestos a prueba. Por eso considero de fundamental importancia trabajar incansablemente para formar discípulos de Reino, posicionados en el Nuevo Hombre, para que sean absolutamente resistentes a las hostilidades del sistema.

Estamos siendo testigos de una batalla espiritual que no se libra solo en las calles, sino en las mentes y corazones de los creyentes. La deconstrucción de la fe, la confusión doctrinal, el relativismo moral y la influencia de una cultura egocéntrica han debilitado los pilares de muchos cristianos, alejándolos del modelo bíblico de seguir a Cristo con pasión.

Las ideologías cambiantes, las presiones culturales, la exaltación del “yo” y la erosión de la verdad bíblica han generado una profunda crisis espiritual en la vida de muchos creyentes. Frente a este panorama, se hace urgente recuperar el diseño original de un discipulado de Nuevo Pacto. Vivir en Cristo con fidelidad, aprender de Él con humildad y enseñar a otros con convicción, es ineludible si queremos ser esa Iglesia efectiva que Dios propone en Su Palabra.

En este libro no he pretendido ofrecer soluciones rápidas ni fórmulas modernas, sino llamar a la Iglesia a

volver al camino antiguo del discipulado verdadero, aquel que se imparte desde la unción del Espíritu, ese que transforma corazones por el poder del Espíritu Santo, que forma carácter y produce frutos espirituales genuinos.

Por eso he expuesto la importancia de un fundamento doctrinal firme en las bases del Nuevo Pacto, la necesidad de resistir la deconstrucción de la fe, el equilibrio entre la verdad y el amor, y el valor de formar generaciones en medio de un mundo que se desmorona espiritualmente.

Pero más allá de estos conceptos, el discipulado resistente es el resultado de la impartición espiritual y la entrega personal de los receptores. La responsabilidad de los líderes es operar desde la sabiduría y la unción del Espíritu Santo, pero la de los discípulos es tomar la decisión diaria de cargar la cruz, renunciar al sistema del mundo y vivir por la Palabra, en plena dependencia del Espíritu.

Sé que esto es considerado por muchos como el camino estrecho, pero cuando permitimos que sea el Señor quien haga la obra en nosotros, el camino se vuelve más amplio y disfrutable, porque ese camino es Cristo. Aunque Él nunca prometió placeres y comodidad, sí aseguró Su presencia hasta el fin, y esa debe ser nuestra mayor alegría.

Hoy más que nunca, se necesitan creyentes que no negocien la verdad, pastores que no abandonen su llamado, jóvenes que abracen el Evangelio con valentía, familias que

vivan como pequeñas congregaciones de fe, y comunidades que reflejen el Reino de Dios en medio del caos.

Este es el momento de reconstruir sobre la roca, de levantar muros de verdad, de encender la llama del primer amor y de formar discípulos que no se dobleguen ante la cultura, sino que brillen como luminares en medio de una generación perversa y maligna (**Filipenses 2:15**).

El discipulado que debemos dar no puede ser superficial, ni emocional, ni acomodado a los moldes del mundo. Urge volver al llamado original: hacer discípulos que conozcan la verdad, amen la santidad, vivan en obediencia y perseveren con firmeza. El discipulado resistente no es un lujo ni una opción, es una necesidad urgente para una Iglesia que desea permanecer fiel en tiempos hostiles.

Como pueblo de Dios, debemos asumir la responsabilidad generacional de edificar creyentes que permanezcan firmes, no solo frente al pecado, sino también frente a las sutilezas de la cultura que busca silenciar la verdad. Este llamado es para pastores, líderes, padres, jóvenes y cada miembro del Cuerpo de Cristo. No se trata de resistir con amargura o miedo, sino con amor, poder y dominio propio.

Que el Señor nos conceda la gracia de ser discípulos firmes, fieles y fructíferos. Que el fuego del Espíritu nos purifique, fortalezca e impulse a vivir en la plenitud del

Nuevo Hombre. Y que, cuando el Señor venga nuevamente, nos halle velando, obrando y perseverando en Su verdad.

***“Porque no somos de los que retroceden para perdición, sino de los que tienen fe para preservación del alma...”***

Hebreos 10:39

### Oración Final:

*“Padre, en el nombre de Jesucristo, te damos gracias por habernos escogido y por habernos llamado con amor eterno a seguir a Tu Hijo amado, nuestro Maestro y nuestro Salvador, en quien vivimos, nos movemos y somos.*

*En medio de tiempos inciertos, levanta en nosotros un espíritu firme, una fe inquebrantable y un corazón dispuesto a obedecer, para qué aquellos que somos líderes trabajemos a consciencia y bajo la dependencia de Tu Espíritu en discipular correctamente a nuestros hermanos, y que los hermanos todos, se entreguen de corazón a Tu propósito. Padre, te pedimos que renueves en Tu Iglesia el fuego del discipulado verdadero. Despierta a los dormidos, fortalece a los débiles, anima a los pastores cansados y levanta una generación que no se avergüence del Evangelio del Reino. Forma en nosotros el carácter de Cristo.*

*Líbranos de la tibieza, del engaño cultural y de la indiferencia espiritual. Llénanos con tu Espíritu Santo para que vivamos con poder, verdad y amor. Que cada lector de este libro sea impulsado a tomar la cruz, a perseverar en la verdad, y entregarnos completamente y en humildad a la vida*

*del Nuevo Pacto. Enseñanos a vivir bajo Tu gobierno y a formar a otros en el camino del Reino. Que seamos discípulos resistentes.*

*Señor, que ante la inminente opresión de los últimos tiempos, podamos sostenernos con firmeza, y que en Tu gloriosa venida, podamos presentarnos delante de Ti como siervos fieles que corrieron la carrera, pelearon la buena batalla y guardaron la fe...*

*Te lo pedimos en el nombre de Jesús, nuestro Salvador y nuestro modelo perfecto. Amén”.*



# Reconocimientos

“Quisiera agradecer por este libro a mi Padre celestial, porque me amó de tal manera que envió a su Hijo Jesucristo mi redentor.

Quisiera agradecer a Cristo por hacerse hombre, por morir en mi lugar y por dejarme sus huellas bien marcadas para que no pueda perderme.

Quisiera agradecer al glorioso Espíritu Santo mi fiel amigo, que en su infinita gracia y paciencia, me fue revelando todo esto...”

“Quisiera como en cada libro agradecer a mi compañera de vida, a mi amada esposa Claudia por su amor y paciencia ante mis largas horas de trabajo, sé que es difícil vivir con alguien tan enfocado en su propósito y sería imposible sin su comprensión”



Como en cada uno de mis libros, he tomado muchos versículos de la biblia en diferentes versiones. Así como también he tomado algunos conceptos, comentarios o párrafos de otros libros o manuales de referencia. Lo hago con libertad y no detallo cada una de las citas, porque tengo la total convicción de que todo, absolutamente todo, en el Reino, es del Señor.

Los libros de literatura, obedecen al talento y la capacidad humana, pero los libros cristianos, solo son el resultado de la gracia divina. Ya que nada, podríamos entender sin Su soberana intervención.

Por tal motivo, tampoco reclamo la autoría o el derecho de nada. Todos mis libros, se pueden bajar gratuitamente en mí página personal **www.osvaldorebolleda.com** y lo pueden utilizar con toda libertad. Los libros no tienen **copyright**, para que puedan utilizar toda parte que les pueda servir.

El Señor desate toda su bendición sobre cada lector y sobre cada hermano que, a través de su trabajo, también haya contribuido, con un concepto, con una idea o simplemente con una frase. Dios recompense a cada uno y podamos todos arribar a la consumación del magno propósito eterno en Cristo.

## Maestro de la Palabra

*Oswaldo Rebolleda*



El Pastor y maestro Oswaldo Rebolleda hoy cuenta con miles de títulos en mensajes de enseñanza para el perfeccionamiento de los santos y diversos Libros de estudios con temas variados y vitales para una vida cristiana victoriosa.

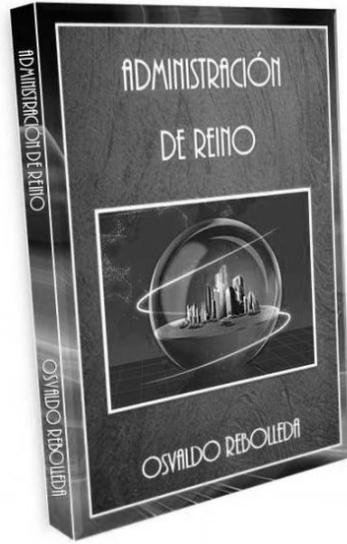
El maestro Oswaldo Rebolleda es el creador de la Escuela de Gobierno espiritual (EGE) y ha sido reconocido con un

**Doctorado Honoris Causa en Divinidades de  
La Universidad teológica de Estados Unidos.**

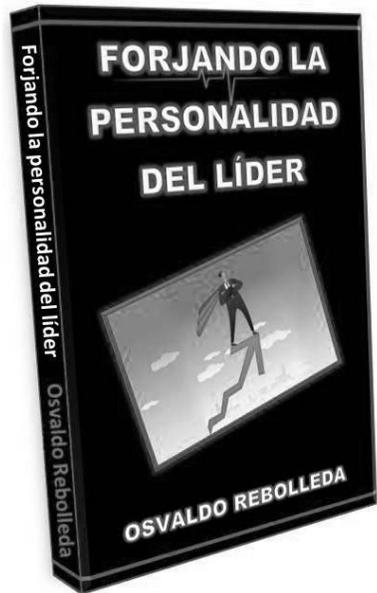
Hasta hoy en día ministra de manera itinerante en Argentina  
Y hasta lo último de la tierra.

[rebolleda@hotmail.com](mailto:rebolleda@hotmail.com)

[www.osvaldorebolleda.com](http://www.osvaldorebolleda.com)



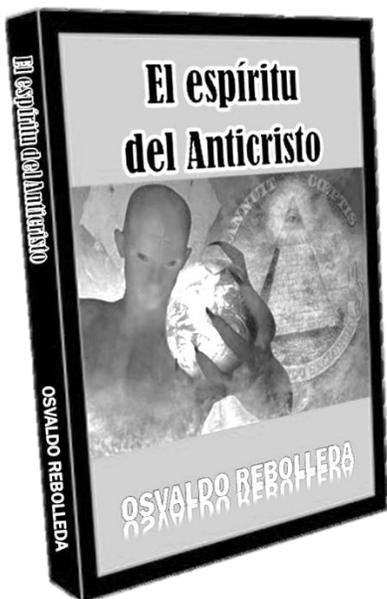
[www.osvaldorebolleda.com](http://www.osvaldorebolleda.com)



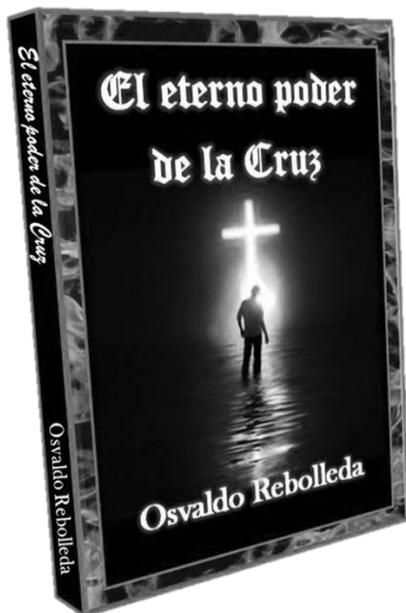
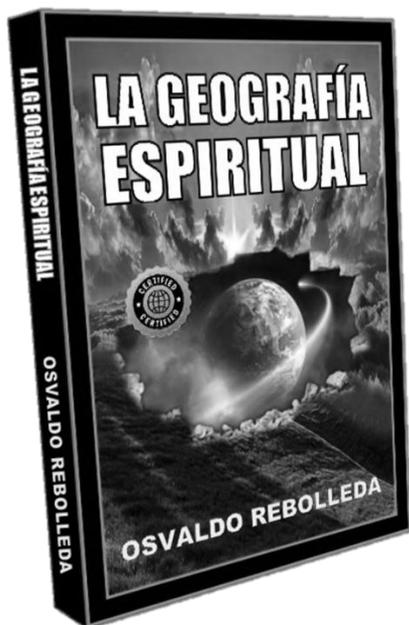


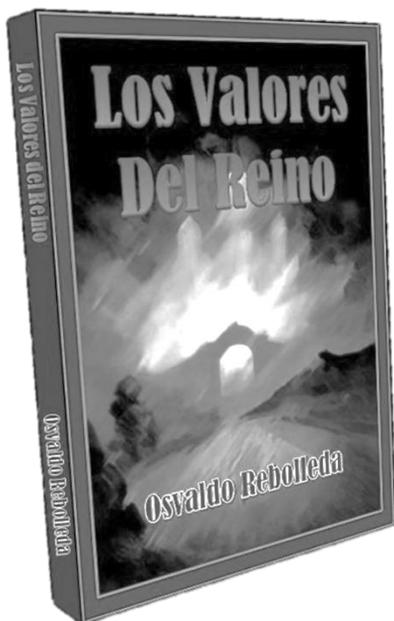
[www.osvaldorebolledo.com](http://www.osvaldorebolledo.com)





[www.osvaldorebolleda.com](http://www.osvaldorebolleda.com)





[www.osvaldorebolledo.com](http://www.osvaldorebolledo.com)

